

ALFREDO CAPELLÁ



EL INSTANTE ETERNO



Herder

El instante eterno

Alfredo Capellá

El instante eterno

Herder

Diseño de la cubierta: Claudio Bado

© 2006, *Alfredo Capellá*

© 2006, *Herder Editorial, S.L., Barcelona*

ISBN: 84-254-2492-5

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: Reinbook

Depósito legal: B - 28.628 - 2006

Printed in Spain

Herder

www.herdereditorial.com

ADVERTENCIA

ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES
EXCLUSIVAMENTE EDUCACIONALES



QUEDA PROHIBIDA
LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN

- El objeto de la biblioteca es facilitar y fomentar la educación otorgando préstamos gratuitos de libros a personas de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de los perjuicios que deriven de tal incumplimiento.
- Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.
- Este proyecto no obtiene ningún tipo de beneficio económico ni directa ni indirectamente.
- Si las leyes de su país no permiten este tipo de préstamo, absténgase de hacer uso de esta biblioteca virtual.

"Quién recibe una idea de mí, recibe instrucción sin disminuir la mía; igual que quién enciende su vela con la mía, recibe luz sin que yo quede a oscuras" ,

—Thomas Jefferson



sin egoísmo

Para otras publicaciones visite
www.lecturasinegoismo.com
o puede escribirnos a
lecturasinegoismo@gmail.com
Referencia: 4146

A MI MADRE

*Existeix el temps que coneixem
I també el nostre temps, aquell prolongat temps de vida
I després, hi va haver aquell misteriós instant
I ja res no va ser igual...*

[Existe el tiempo que conocemos
Y también nuestro tiempo, aquel prolongado tiempo de vida
Y después, hubo aquel misterioso instante
Y ya nada fue igual...]

A Joaquim Jordà,
mi mayor agradecimiento
por su colaboración

Índice

Primera parte

EL INSTANTE FINAL	11
I. Atardecer	13
II. Despedida	19
III. De la existencia de Dios	27
IV. El «Más Allá»	37
V. ¿Vida después de la vida?	51
VI. Ceremonia final	65

Segunda parte

EL INSTANTE INICIAL	71
VII. Las vivencias del recuerdo	75
VIII. Gestación de la mente	87
IX. La primera mirada	99
X. Génesis	117

Tercera parte

EL INSTANTE ETERNO	143
XI. Ese «algo»	147
XII. <i>El Aleph</i> y el <i>Tao</i>	153
XIII. <i>El instante eterno</i>	159

Primera parte

EL INSTANTE FINAL

De aquel instante...

¿Te acuerdas de aquel instante?

Fue un instante tan sólo. Pero aquel instante condensó todos los momentos vividos en uno solo. Los de tu vida, los de nuestras vidas, los de aquellos que nos rodeaban entonces. Todo de una vez. ¿Lo recuerdas?

Como un agujero negro que lo engullía todo. Sin dejar nada. La luz y la oscuridad, las alegrías y las tristezas, los pasados y los futuros. Todo.

Un agujero oscuro, terrible, inconcebible, que absorbía las esperanzas y las posibilidades que tenías hasta aquel momento, las que teníamos.

Y a la vez, ¿podrás creerlo?, fue un estallido de luz, un instante luminoso, recorrido por una ternura desconocida.

Fue cuando el mundo se detuvo. Como si una cámara fotográfica hubiera fijado aquel instante de tiempo para siempre más.

¿Te acuerdas de ese instante, estimada?

Fue el de tu muerte.

Un instante eterno...

I

Atardecer

Ocurrió en una tarde muy parecida a ésta en la que empiezo a escribir. Un atardecer de cielo azul y escasas nubes del mes de septiembre. Sin nada destacable. Un atardecer como cualquier otro. Había llovido con fuerza otoñal hacía poco y el aire se había purificado. A través de la ventana de la habitación desde donde mirábamos este atardecer todo nos resultaba habitual, muy conocido, salvo por lo que allí ocurrió.

A decir verdad, tampoco era muy habitual estar en aquel lugar, aunque nosotros ya nos habíamos acostumbrado. Nos encontrábamos en una clínica situada en el centro de la ciudad de Barcelona, acompañando a nuestra madre en el día a día de su vida hospitalaria.

Pero sería mejor empezar por el principio, desde que empezó esa pequeña historia de vida. Para ello, deberíamos situarnos en el verano anterior, un verano muy caluroso que soportábamos como podíamos los que nos habíamos quedado en la ciudad.

En aquel verano aciago, por diversos motivos, a mi madre le fue diagnosticado un cáncer que no pudo

ser extirpado completamente durante la operación de urgencia que se le realizó. Aun así, las técnicas de radioterapia y quimioterapia que a no tardar se le practicaron despertaron muchas expectativas de que el proceso canceroso se detuviera y no se abriera paso hacia otras zonas de su cuerpo.

Su anterior vida de tantos años, plagada de rutinas diarias (la hora de las comidas, las noticias de la TVE, las llamadas a sus hijas) y de encuentros familiares cada tanto, quedó totalmente alterada. Y la amenaza de un rebrote de la enfermedad permaneció alesteando durante todo el tiempo que siguió, como una espada de Damocles.

Dicha amenaza hizo que todo cobrara una nueva dimensión. Cada encuentro que celebrábamos podía ser el último. Y cada mes que pasaba era un mes ganado a lo ineluctable. Lo cual no era trágico, o no del todo, pues de alguna forma su supervivencia frente a la enfermedad era un triunfo: el de la vida sobre la misteriosa Muerte. Eso convertía cada encuentro con ella, y cada conversación que teníamos, en algo privilegiado.

Los motivos que desencadenaron el proceso de su enfermedad son muy difíciles de conjeturar. Sólo me queda claro el debilitamiento de un cuerpo de edad casi octogenaria, quizá por el efecto de gota a gota que le habían producido diversos acontecimientos traumáticos padecidos a lo largo de su vida y que

finalmente consiguieron debilitar sus sistemas defensivos. O eso imagino. Pero su enfermedad sí señalaba algo: la finitud de nuestra existencia, el límite de los organismos, nuestra incapacidad de persistir en el tiempo.

El agravamiento de su proceso y la consiguiente hospitalización fueron debidas a un cúmulo de circunstancias adversas. Así se mostró claramente cómo nuestros destinos se escriben a pesar de nuestras esperanzas, de los esfuerzos que se ponen y de los avances de la ciencia, que en su caso se aplicaron meticulosamente.

Recuerdo aquel mundo hospitalario como un escenario surrealista. Ver salir personal vestido de blanco y verde, algunos portando camillas, de aquellas habitaciones que en su momento fueron proyectadas para un hotel de alto nivel resultaba por lo menos chocante. También lo parecía el interior de dichas habitaciones, con sus blancas paredes desnudas, el inevitable televisor y los habituales artilugios sanitarios que rodeaban las camas. Además, estaba el silencio que reinaba en aquel lugar, en especial por la noche, silencio que sólo se interrumpía por la conversación cuchicheada de los familiares del enfermo o el agitado caminar del personal sanitario que recorría sus pasillos.

Conocí también alguna de las interioridades de ese mundo hospitalario. El hecho de ser médico

me permitió conversar de tú a tú con los profesionales sobre la evolución de mi madre y asistir, casi como quien dice en primera fila, a sus reflexiones, sus temores y sus dudas, debiendo compartir inevitablemente las decisiones que fueron tomando. Sobre todo al final, cuando el saber médico y su tecnología intentaban desesperadamente mantenerla con vida.

El espectáculo de aquel organismo que tras varias operaciones luchaba pese a todo por persistir resultaba admirable. También la claridad que conservó su mente hasta las últimas horas. Y muy duro para los que lo contemplamos. Luchaba, agónicamente, ferozmente. Hasta aquel atardecer...

Ocurrió súbitamente. Nosotros estábamos hablando, no recuerdo bien de qué, mientras acompañábamos su lucha. Intentando conservar cierta apariencia de normalidad, tampoco sé muy bien por qué. Y entonces, como si aquel organismo hubiera decidido de pronto que ya era suficiente sufrimiento y no había motivo alguno para proseguir, su respiración se detuvo.

¿Puede hablarse de belleza en un momento semejante? ¿Es posible maravillarse frente a tan terrible escena? Sólo puedo confesar lo que yo experimenté: por un lado, un sentimiento aterrador, inmensamente desesperanzador; por otro, la idea de algo muy bello. Y su increíble belleza provenía de la sereni-

dad y el descanso que en aquel preciso instante emanó del cuerpo de la persona que había sido mi madre hasta aquel entonces.

Lo más asombroso sucedió a continuación. Pues aquel instante de la muerte de mi madre no fue algo fugitivo, temporal, pasajero, como lo puede ser cualquier otro instante. Al contrario: el tiempo, como si se hubiera entrado en otra dimensión, pareció detenerse. Y ese instante de tiempo detenido se fue expandiendo hasta llenarlo todo, la habitación, el paisaje, nuestras miradas sorprendidas que aún no habían podido reaccionar...

Nunca lo había visto tan de cerca. Jamás presencié una muerte tan próxima ni de alguien tan cercano. Y lo que vi con mis propios ojos fue, para mí, inconcebible. Pues aquel cuerpo extenuado no pasaba de lo vivo a lo muerto, o de lo móvil a lo estático e inerte, sino que parecía ir de un tiempo pasajero a un tiempo eterno. Eso fue lo que sentí. Que aquel instante era un instante de eternidad. No encuentro mejor manera de explicarlo.

La instantánea paz que cubrió la cara de mi madre y la dulzura que emanaba de su cuerpo inmóvil me resultaron totalmente inesperadas. Siempre había imaginado la muerte como algo brusco, que golpea como un rayo la vida de los organismos y la detiene de forma cuasi mecánica. Sin embargo, ahora contemplaba «algo» difícil de describir, de

una dimensión que jamás había percibido tan clara e indudablemente.

Seguramente no pueda creerse. Tampoco yo creía hasta entonces en ese «algo». Aunque reconozco que mi impresión vino mediatizada por los sentimientos que tenía hacia ella, y también debo aceptar que la impresión que me causó su muerte fue inevitablemente subjetiva y sesgada.

Aun así, el instante de eternidad que vislumbré durante la muerte de mi madre me llevó a considerar la posible existencia de ese «algo» que yo negaba, «algo» que había captado en aquella habitación y que de momento sólo había empezado a percibir.

Y fue dicha percepción la que me llevó a realizar una larga investigación que ahora comienza, en el intento de poder conocer y entender ese «algo», de la misma manera que antes lo hicieron muchos otros.

Sin más premisas, sin ninguna seguridad en lo que podía encontrar.

II

Despedida

No recuerdo con demasiada exactitud aquellos meses de septiembre. Seguramente concluyó con la llegada de los primeros fríos y un clima muy semejante al de otros años. Pero me cuesta rememorarlos.

Lo que sí recuerdo con facilidad son algunas mañanas soleadas de aquel mes, aquellas en las que empecé a acudir al antiguo piso donde la familia habíamos vivido. Y allí percibí la mayor diferencia con otros años y septiembreros de mi vida: que mi madre ya no estaba. Una diferencia abismal.

El período que siguió a aquel doloroso acontecimiento fue, como puede imaginarse, muy duro de sobrellevar. Guardo dentro mío multitud de vivencias que jamás podré olvidar, aunque quisiera.

Las escenas que más me afectaron, exceptuando las del período de hospitalización de mi madre, fueron las que se produjeron justamente en ese piso donde ella vivía, nuestro hogar de toda la vida o, dicho más justamente, el de nuestra vida como hijos.

Ese piso había constituido el marco de numerosos acontecimientos que la memoria familiar fue

registrando: bodas, nacimientos (pues los hijos nacimos en aquella casa), separaciones, celebraciones de todo tipo... Momentos felices, así como pequeños dramas de todo tipo. Y también una muerte, precisamente la de mi abuela, su madre. Ningún escrito, por largo que fuera, podría reflejar todos los instantes de vida que se habían sucedido allí.

Si ésa fuera mi intención, podría intentar describir cómo se fue construyendo la historia de nuestra saga familiar en aquella vivienda a lo largo de tantos años. Pero ahora lo que pretendo explicar es justamente lo inverso: el desmontaje de aquel escenario de vida tras la desaparición del único personaje que aún lo habitaba, mi madre. Como una obra de teatro que concluye al desaparecer de la escena el último personaje y bajarse el telón.

Tampoco quiero abundar en el lado trágico de aquel duelo que llegaba acompañado de la necesidad de abandonar en un breve plazo de tiempo ese piso familiar. Lo que debimos hacer los hijos no creo que fuera muy diferente de lo que han hecho tantos otros en parecidas circunstancias. Además, todo aquello tuvo un efecto mágico: hacer surgir numerosos objetos olvidados en el tiempo, como antiguas fotos, juguetes infantiles y varios escritos colegiales. Así, aunque momentáneamente, pudimos volver a revivir los tiempos de nuestra infancia.

El desmontaje, por llamarlo así, del mundo material que había sostenido y acompañado a mi madre, me mostró claramente lo que ya advierte el dicho popular. Que al Más Allá, si es que ese espacio existe en alguna manera, los humanos no nos llevamos nada material, por muchos objetos que hayamos acumulado a lo largo de nuestra vida.

A medida que las habitaciones de aquel enorme piso se fueron despojando de los cuadros colgados y de los muebles que las ocupaban, la estructura espacial se fue quedando como «al desnudo»: paredes lisas, rastros dejados por los cuadros colgados o rincones jamás vistos que aparecían súbitamente. Algo semejante sucedió con la figura de mi madre, que también se fue despojando y desprendiendo de lo que había sido, de su presencia viva de persona ya mayor, para pasar a constituir poco a poco un entrañable recuerdo, o más bien un sinfín de innumerables recuerdos. En suma, en algo de una dimensión más abstracta.

En aquellos momentos me hice algunas preguntas que deben ser comunes a los que pierden a un ser amado: ¿pervivía mi madre en alguna dimensión ignota o sólo seguía viva en el recuerdo de los que la conocimos y quizá en los lugares y las cosas que amaba? ¿Su muerte había suprimido todo lo que ella había sido como persona? Carecía de respuestas.

Numerosas civilizaciones, desde diversas perspectivas, han contemplado la idea de que persistimos

en una dimensión espiritual más allá de la vida terrenal. Tras desaparecer el cuerpo, y quizá la mente pensante, aquella persona seguiría bajo la forma de un espíritu puro en algún espacio ultraterrenal.

Esa habitual sensación que tienen los allegados de que la persona desaparecida sigue presente en otra dimensión seguramente pueda atribuirse a un hecho incuestionable: nuestra memoria no puede olvidar de pronto a un ser que nos resultó tan cercano. Nos parece así que le vamos a encontrar en cualquier momento o circunstancia, y que su desaparición de nuestra vida es tan sólo un sueño del que podremos despertar en cualquier momento.

Debo decir que nunca he creído demasiado en esas cosas, salvo durante breves momentos emocionales profundos. Entonces he pensado que los seres desaparecidos quizá siguen presentes en algún modo que desconozco. Pero nunca ha sido una creencia precisa y mucho menos persistente.

En los días que acudí solo al piso familiar, sentía a menudo este tipo de percepciones, sobre todo cuando la oscuridad de la noche invadía las habitaciones de la casa. Recuerdo que me sentaba en el salón donde leíamos y veíamos la televisión, y entonces, sin poderlo remediar, sentía que mi madre en persona podía aparecer en cualquier momento. Debo confesar que notaba cierto miedo, como si fuera un niño temeroso de los fantasmas. Y no digo que los adultos no

puedan sentir esos miedos, como en mi propio caso se demuestra.

Con la casa sumida en la oscuridad, solo en aquella sala apenas iluminada por una lámpara de pie de estilo clásico, me parecía oír sus pasos susurrantes. No me atrevía a salir a certificar si era cierto o no. Finalmente, con cierto esfuerzo, cerraba los ojos y procuraba relajarme, hasta que conseguía amortiguar aquella extraña sensación. No quería dejarme poseer por esos miedos; de lo contrario, me acompañarían para siempre.

La idea inquietante de que mi madre pudiera reaparecer bajo la forma de un fantasma, de una aparecida por decirlo claramente, me desasosegaba y avergonzaba. ¿Por qué imaginaba eso? ¿Me sentía culpable de su desaparición como si no hubiera hecho todo lo posible para ayudarla, y por eso temía que regresara? ¿Era más bien su insoportable desaparición lo que me hacía desear su retorno, aun fuera bajo esa forma fantasmagórica?

Dispuesto a vencer esos miedos, hice acopio de valor y busqué un día propicio para afrontarlos. Y decidí hacerlo en uno de los lugares que más me espantaba en esos días: el dormitorio de mis padres, repleto de sus estimados muebles y de antiguas fotos que avivaban su recuerdo.

Ese día en concreto acudí al atardecer. La cama llena de objetos de mi madre y unas maletas abiertas

anunciaban una partida que era ya un adiós irremediable. Me senté en el hermoso sofá donde tantas veces se sentara ella en sus últimos años mientras contemplaba la vida pasar. Y entonces, haciendo un esfuerzo por cerrar los ojos, pues intuí que me vendrían inquietantes imágenes, tuve la sensación plena de que mis padres estaban presentes allí. Abría y cerraba los ojos queriendo pensar que no era cierto, intentando resistirme a la idea de salir corriendo. Más que nada para demostrarme que los miedos no podían conmigo.

No fue agradable. Pero creo que la continuada exposición a estos temores, pues persistí en mi empeño en los siguientes días, los hizo desaparecer muy poco a poco, sin que apenas me diera cuenta. Sobre todo a partir del día en que, al cerrar la puerta de la casa familiar por última vez, pude dejar todos los fantasmas de mi infancia allí encerrados.

A partir de ese momento, al poner punto y final al espacio que albergó tantos momentos de nuestra vida, noté que surgía en mí una agradable idea: la de que mi madre pudiera seguir existiendo en algún otro espacio. Supongo que en aquel entonces necesitaba sentir la ilusión de que aún podía comunicarme con ella, que escucharía mis preocupaciones con atención y cariño como siempre, y que podría seguir oyéndola reír jovialmente como a veces hacía.

Durante bastante tiempo, desde que la despedí en aquella habitación de hospital, me acompañó muy a

menudo la sensación de que pudiera encontrarla en algún lugar. Como si su espíritu, eso que llaman el «alma errante», hubiera persistido tras abandonar su cuerpo. En un primer momento imaginé que seguía habitando aquella habitación de hospital de sobrecogedores recuerdos. Más tarde, como ya he dicho, creí que podría hallarse en las habitaciones de su casa. Luego, clausurado definitivamente aquel espacio, pensé poder encontrarla en su Liceo, adonde acudía a escuchar óperas y conciertos durante la temporada de teatro. Imaginé incluso que pudiera estar alojada en aquel privilegiado lugar que tanto le gustaba bajo la forma de un «fantasma de la ópera».

Debo insistir de nuevo en que nunca había tenido demasiada fe en esa cuestión de los espíritus. Pero en ese momento necesitaba mantener la ilusión, aun sabiendo que tenía cierto carácter de juego, mitad serio y mitad divertido. Necesitaba sentir que ella aún estaba, que no había desaparecido de la faz de la tierra sin dejar ningún rastro.

Recordé por momentos al gran Houdini, el genial prestidigitador cuya fama provenía de su increíble capacidad para escapar de los encierros y cadenas que le colocaban, y que años más tarde emprendió una campaña contra aquellos que aseguraban poder comunicarse con los espíritus de los muertos, los espiritistas. Uno por uno fue desmontando los artilugios con los que engañaban al público crédulo. De todos modos,

parece ser que creía posible la comunicación con los muertos. Al morir, su afligida esposa intentó durante varios años establecer comunicación con él, invocándolo para que repitiera algunos de sus más famosos trucos. Jamás pudo lograrlo.

Por mi parte, proseguí con mi ilusoria idea. Tras imaginar que pudiera estar en los antedichos lugares, creí encontrar por fin el lugar más idóneo: la iglesia, el lugar donde los creyentes rezan a Dios y al alma de los muertos. Más precisamente en una pequeña y solitaria capilla, perteneciente a una iglesia cercana a nuestro piso familiar, a la que mi madre acudía puntualmente para ayudar en la misa y leer en voz alta pasajes de los Evangelios. En aquel recóndito espacio, que yo no había conocido hasta aquel momento, pues mi madre nunca me habló de lo que allí hacía, rezamos el responso final por su alma y leímos algunos poemas de Miquel Martí i Pol, el gran poeta catalán.

Todo eso hizo resurgir en mí creencias religiosas que no sentía desde hacía años. Para decirlo con sinceridad, sentí la necesidad de indagar en las respuestas que la filosofía, la religión y otras disciplinas ofrecían.

Sabía que eso me aventuraría por terrenos delicados y que implicaría cuestionar algunas concepciones. Pero sentí que debía hacerlo así, si de verdad quería llegar a donde pretendía.

Y me puse a buscar...

III

De la existencia de Dios

«Cuando abrió el séptimo sello, hubo un silencio en el cielo durante media hora. Y vi los siete ángeles que estaban delante de Dios, a los cuales fueron dadas siete trompetas [...]». Así reza un fragmento capital del libro del Apocalipsis de San Juan, una profética visión sobre el fin del mundo que ha marcado profundamente el imaginario popular hasta nuestros días.

Las trompetas de los siete ángeles son las que anuncian el gran cataclismo: una lluvia de bolas de fuego, de estrellas, de sangre y de muerte que asolará la tierra como paso previo al espantoso Juicio Final, cuando desde su trono celestial Dios juzgue a los seres humanos de todos los tiempos según sus actos, concediendo el agua de la vida a los justos y arrojando a los condenados a la laguna de fuego de la muerte eterna.

Con este fragmento del Apocalipsis se inicia un filme, sombrío y luminoso a la vez, del director Ingmar Bergman, *El séptimo sello*. Lo pasaron hace poco por televisión y me volví a sobrecoger con sus impactan-

tes imágenes como la primera vez que lo vi. Retrata un espantoso período de la Edad Media, en el que un sinfín de plagas, guerras, hambre y muerte parecían señalar el final de los tiempos.

A lo largo de la película surgen las habituales preguntas que los seres humanos nos hacemos sobre el Más Allá, sobre lo que hay después del final de nuestra vida: ¿hallaremos a Dios, ese ser todopoderoso creador del Cielo y la Tierra?, ¿será el Divino Hacedor tan sólo un constructo de nuestra razón o una mera ilusión de nuestros sentidos que desean creer en algo superior?; y más allá de la muerte física, ¿hay sólo un espantoso vacío o nos aguarda la vida eterna?, ¿los que no sean merecedores del paraíso celestial serán enviados al Infierno?

Esas son las preguntas que se hace el protagonista, un envejecido caballero que partió a las Cruzadas hace muchos años y que regresa ahora a sus tierras diezmadas por la Peste Negra. Esa espantosa enfermedad aniquiló a millares de personas en aquel entonces y despertó una enfebrecida religiosidad en gran parte de la población, como se mostraba con los suplicantes y sus procesiones de flagelantes y crucificados que recorrían los caminos solicitando la clemencia de Dios, convencidos de que aquella epidemia terrible constituía el merecido castigo por sus pecados.

La escena inicial de la película nos sitúa rápidamente en su escenario. Hallamos al caballero de pie,

rezando, frente a las olas de un océano bravío que parecen lamer sus pies. Su fiel escudero permanece cerca, distraído, jugando con un cuchillo. Un poco más allá, un elemento extraño a ese entorno natural: un tablero de ajedrez, que tendrá un papel fundamental en la película.

Al poco de terminar la oración, aparece frente al caballero una figura alta, vestida de negro y con una sonrisa misteriosa, que deja caer estas palabras: «Soy la Muerte...». El caballero, tras la sorpresa inicial, reacciona y le pide tiempo. La figura le responderá: «Hace mucho ya que estoy a tu lado». En un último intento de alargar su tiempo de vida, el caballero la desafía a una partida de ajedrez. La Muerte, impertérrita y sonriente, acepta.

Mientras discurre la partida, el viejo caballero intentará hallar alguna respuesta a sus preguntas. Le preguntará primero a un confesor, quien resultará ser la propia Muerte. Luego, a una endemoniada que está a punto de ser quemada en la hoguera. ¿Qué le espera a esa pobre ajusticiada, se preguntará el caballero, los ángeles, el diablo, el vacío o Dios? La pobre chica, convencida de estar poseída por el demonio, no podrá responder a sus interrogantes. Y de nadie obtendrá las respuestas que busca. La misma Muerte le responderá en cierto momento: «No sé nada».

El caballero, en constante monólogo consigo mismo, no deja de hacerse preguntas. Así le escucha-

remos diversas frases: «Mi corazón está vacío [...] No quiero morir sin saber [...] ¿Por qué Dios se escuda tras milagros no vistos y promesas oscuras?, ¿por qué no puedo matarlo a pesar de que le maldigo? [...] Yo no quiero creer, quiero saber [...] Le llamo en la oscuridad y parece que no hay nadie [...] Dios es sólo una creación de nuestro miedo...».

La única nota algo menos dramática la constituyen justamente unos comediantes funámbulos que recorren los pueblos llevándoles su alegría y sus ganas de vivir, y cuyo encuentro con el caballero y su escudero constituye un verdadero remanso de paz y serenidad para ambos.

La historia termina con la llegada del personaje de la Muerte al castillo en el que el caballero y sus acompañantes se habían refugiado junto a uno de los funámbulos. Allí el protagonista había vuelto a sentir el abrazo de su mujer, a la que debió abandonar muchos años atrás al partir a las Cruzadas. Pero ahora, cuando parecía que había llegado el momento de su reencuentro, la vida debe terminar para ambos.

Sólo en la escena final el director nos ofrece una mirada algo más luminosa y esperanzada, cuando vemos a la familia de funámbulos que quedan con vida, marido, mujer y su pequeño hijo, alejándose alegremente por el camino. Como si tras tanta muerte y vacío, el director quisiera mostrarnos su otro lado: la

plenitud de la vida. Frente a la Muerte, con mayúsculas, sólo podría alzarse la Vida en toda su potencia.

Resulta significativo que sea el personaje del caballero creyente quien manifieste tantas dudas. Cree, reza, intenta confesarse, pero en el fondo alberga serias dudas sobre la existencia de Dios y la continuidad de la vida en el Más Allá. De todos los personajes, es el único que intenta retrasar el instante final y el único que en ese momento le suplica a Dios para que tenga piedad. Momento en que su escudero, representante en la película del sentido común, le dice: «Sólo hay oscuridad. Acéptalo con indiferencia».

También mi madre era muy creyente, de los que van a misa los domingos y rezan cada noche. Alguna vez me pregunté si tendría dudas respecto de su fe. Si las tuvo, jamás me las comentó. Pero puedo imaginar, como también lo admiten muchos fervorosos creyentes, que tuvo sus momentos de duda. Es humano. Aunque nunca sabré si fue así.

Todos nos hemos hecho alguna vez parecidas preguntas a las del caballero: ¿existe Dios?, ¿hay un más allá de la muerte?... Cada vez que intentamos responderlas, volvemos a repetir el mismo proceso de innumerables autores, especialmente filósofos y teólogos, que marcaron la historia del pensamiento humano. Ellos trataron una y otra vez de aportar respuestas posibles a dichos interrogantes.

Todas las culturas antiguas creían firmemente en la existencia divina. Más concretamente, creían en numerosos dioses y pensaban que ellos decidían el destino de los hombres, como se plasma claramente en las aventuras de Ulises, el héroe de *La Odisea* de Homero, sometido a las encontradas influencias de varias de las inmortales divinidades que habitaban el Olimpo. Sin la existencia de dichos dioses, la obra perdería su principal dimensión, esa que nos permite entender las diferentes proezas y desventuras de Ulises, su protagonista.

Los filósofos de aquellos lejanos tiempos consideraban que lo divino era múltiple. Aunque algunos importantes pensadores, especialmente los del mundo griego, creían ya en la posibilidad de un solo dios. Así lo plantea Aristóteles, quien concebía la existencia de un ser eterno, inmóvil, acto puro, sin materia ni potencialidad. Sócrates, a su vez, entendía que debía existir como causa final y, a la vez, creadora y ordenadora del Cosmos y del hombre.

En aquel tiempo creían ya en la existencia del alma, y en su liberación tras la muerte, para su transmigración o *metempsicosis* de una vida a otra, pudiendo así redimir la culpa originaria. El alma era, pues, inmortal, y la única capaz de alcanzar las cosas inmutables y eternas. Así lo expresa el propio Sócrates en una bella alegoría: el alma, purificada de los deseos carnales, contactaría con lo inmutable y alcanzaría lo divino.

Quizá sea la Biblia el texto en el que más claramente viene expresada la concepción de un Dios único, creador del cielo y de la tierra a partir de la Nada, creador igualmente del propio ser humano a su imagen y semejanza. Ese todopoderoso Dios bíblico se comunicaba con los hombres por medio de profetas y milagros, y les advertía constantemente de que volvería al mundo humano el día del Juicio Final.

Inspirados en ese texto, tanto por el Antiguo como por el Nuevo Testamento, importantes pensadores de la religión intentaron probar la existencia de Dios. De ahí surgió el *argumento ontológico*: dado que Dios es perfecto y que lo tiene todo, no puede por menos que existir. San Agustín consideraba que la belleza y el orden del mundo sólo podían provenir de un Dios bondadoso, que existía eternamente y había creado el mundo de la Nada, mientras que el Mal habría aparecido por privación y defecto de lo divino.

Santo Tomas de Aquino creó la más elaborada argumentación sobre la existencia de Dios. Cinco vías servirían para demostrarla: una, la necesidad de un primer Motor de todo; dos, la de una primera Causa creadora; tres, la de un Ente que tenga todos los grados de perfección posibles; cuatro, la de un Ser que sea en sí mismo su propia necesidad; y cinco, la de un Ser inteligente que daría cuenta del orden del mundo y de la finalidad de cada uno de sus seres.

Dichas concepciones sobre la existencia de un ser divino creador de todo, omnisciente y todopoderoso a la vez, han impregnado profundamente el pensamiento de muchos de nosotros. Sin embargo, personalmente siempre me ha resultado difícil compaginar la idea de un Ser absolutamente perfecto con ese Dios paternal, bondadoso y justiciero a la vez, que se muestra capaz de lanzar sobre los hombres terribles castigos y de juzgarlos muy severamente, para finalmente acogerlos a su vera o condenarlos para siempre según su conducta.

Autores de la talla de Kant o Pascal, aun siendo cristianos, muestran la incertidumbre en que está sumido el ser humano en este terreno. Según ambos, ni la existencia de Dios ni la inmortalidad se podrían probar con la razón y la ciencia, y menos aún con argumentos metafísicos. Creer en dichas posibilidades sería tan sólo una cuestión de fe.

No resulta así nada extraño que otros autores hayan negado la propia existencia de Dios y declarado su ferviente ateísmo. Su más acérrimo representante fue Nietschze. Ese radical filósofo calificaba el reino del Dios cristiano como un mundo de ficción, poblado de seres fantásticos como el diablo o las ánimas, lleno también de efectos imaginarios como el pecado, la redención o la resurrección, y con un ideal de santidad que consideraba totalmente contrario a los valores de la vida.

Aun así, ese autor defendía y respetaba en gran manera la figura de Cristo, al que consideraba un espíritu libre y anarquista que se habría rebelado contra la jerarquía y la institución de los sacerdotes y teólogos, y que habría mostrado su principal mensaje en los actos de su vida: amar a Dios por encima de todo y al prójimo como a uno mismo, poder ser como los niños, y liberarse del sentimiento de culpa originario.

En este punto de mi indagación ya no encontraba ningún asidero claro y determinante. Y las respuestas que el pensamiento humano había dado sobre la existencia de Dios y de un Más Allá no me satisfacían. Pensé que seguramente era debido a que, como decían Pascal o Kant, el ser humano carece de instrumentos para dilucidar algo que le sobrepasa absolutamente.

Fue entonces cuando decidí analizar una figura principal en la historia de la religión: Jesucristo, quien afirmó ser representante de Dios en la tierra y habló sobre ese Más Allá, el único ser humano que se atrevió a proclamarse hijo de Dios, aquel que se constituyó en la piedra angular de una religión hoy seguida por millones de fieles, la cristiana.

Ese iba a ser mi próximo paso en la indagación emprendida.

IV

El «Más Allá»

—¿Tú eres el hijo de Dios, el Mesías?, le preguntó.

—Sí, yo soy— respondió Jesús.

Así, con esta afirmación radical, un hombre que vivió hace dos mil años confirmaba que era el ungido (el «cristo»: «*crístós*», en griego), el elegido según las Escrituras para salvar al pueblo de Israel. A la vez, se identificaba con alguien incomparablemente más elevado: era la encarnación de Dios en la Tierra, aquel que iba a redimir a los hombres de sus males y de la culpa originaria. Por decir precisamente estas palabras, y por algunas de sus atrevidas acciones, fue condenado y ajusticiado hasta morir.

Durante toda mi niñez escuché innumerables veces este diálogo decisivo cuando se leían en los Evangelios la vida y los hechos de Jesucristo («Jesu-cristo»), su principal protagonista. Ese pasaje en concreto se leía durante la celebración de la Santa Misa en los días de Pascua, cuando se conmemoraba su Pasión y su muerte, y se describían los pasos de lo que fue su calvario en la

cruz. Había asistido también alguna vez a la representación de la Pasión en un teatro de Olot cuya ubicación ahora no recuerdo. Asimismo, había contemplado las impresionantes procesiones de Semana Santa, con la figura doliente y sangrante de Jesucristo clavado en la cruz bamboleándose acompasadamente al ritmo de los tambores.

Puedo recordarlo casi todo de tanto haberlo escuchado. Su nacimiento anunciado por un ángel; su concepción por medio de una virgen, María, su madre; su nacimiento en Belén; la llegada de los Reyes Magos para adorarlo y ofrecerle presentes; la huida de la familia a Egipto para evitar su muerte como miles de niños exterminados por el edicto de Herodes; los treinta años de silencio y formación hasta empezar su vida pública con el bautismo realizado por Juan Bautista; los cuarenta días en el desierto y las tentaciones de Satanás; la elección de doce pescadores como apóstoles para difundir la buena nueva; sus sorprendentes milagros y los sermones que aderezaba con hermosas parábolas; la Transfiguración frente a tres de sus apóstoles; su marcha sobre Jerusalén previa a la Pascua; la Última Cena con los doce apóstoles; la traición de Judas y su detención en el huerto de los olivos; el lavado de manos de Pilatos; su crucifixión en el Gólgota; y, finalmente, su resurrección al tercer día, cuando se apareció a María Magdalena y a varios apóstoles y le vieron subir a los cielos...

Junto con mis padres y hermanos acudía cada domingo a la iglesia de nuestro barrio para asistir a la Santa Misa y escuchar durante el sermón fragmentos diversos de esa historia prodigiosa, que en aquellos tiempos me parecía irrefutable, sin discusión posible. También participaba entonces de los ritos de la Iglesia que Jesucristo habría fundado: la Santa Misa, la confesión, la comunión...

¡Qué misteriosa magia tenía todo aquello! ¡Y qué asombrosa resultaba la vida de Jesucristo y lo que representaba! Su recuerdo está unido a una imagen idealizada, una imagen que algunos filmes que vi contribuyeron a fomentar, como *Rey de reyes* o *La historia más grande jamás contada*. Aquella figura alta, bella, majestuosa, vestida con una túnica de color blanco puro, que caminaba entre los más desfavorecidos mientras declamaba las admirables frases que tantas veces había oído, parecía un auténtico mito viviente.

Me veo también de niño rezando por las noches, confesándome habitualmente e imaginando cómo podía ser el Más Allá prometido. Tampoco me hubiera sido fácil dudar seriamente de mi fe, pues temía caer en grave pecado. Luego, creo que fue cierto cansancio de aquellos rituales y otros intereses lo que me alejó de la Iglesia junto a lo difícil que me resultaba compatibilizar aquellas creencias con la razón científica.

Sin embargo, no sé por qué, quizá por el aura que le rodeaba, quizá por la fuerza de su mensaje,

mantuve intacta mi creencia en la figura de Jesucristo y en lo que había sido su vida, pese a que ya no participaba de los rituales eclesiásticos y albergaba serias dudas sobre esa institución. No fue sino hasta muchos años después cuando pude empezar a preguntarme quién había sido Jesucristo y quise indagar en su historia, aquella que me dejó una marca tan indeleble en el tiempo de mi niñez.

Lo hice con ciertos reparos, como si temiera mancillar la pureza de su figura y cometer de este modo una terrible falta. Por primera vez me atrevía a estudiar su resplandeciente figura bajo otros puntos de vista que no fueran los de los Evangelios canónicos, los únicos que aceptaba la Iglesia y los únicos que yo había escuchado hasta aquel momento. Y lo que encontré me resultó sorprendente, por no decir inesperado.

Hay muchos libros que tratan sobre la figura del Jesús histórico. Unos son muy críticos: aseguran que no es más que un montaje realizado en los tiempos primitivos de la Iglesia Cristiana a partir de un personaje que fue muy distinto. Otros, mientras, son mucho más respetuosos: analizan rigurosamente todas las fuentes históricas que hablan de su vida y sus hechos, sin atreverse la mayoría de ellos a extraer conclusiones, tal es el tabú que su figura aún representa; y resaltan como principal valor su palabra, el mensaje que transmitía.

En todos esos libros se encuentra una dificultad básica para entender la figura de Jesucristo: las pocas referencias fiables que existen sobre su persona, salvo las de los Evangelios. Era ciertamente algo inesperado.

De las tres grandes religiones ligadas a un personaje histórico, la cristiana es a mi entender la que presenta menos dibujada la figura de su fundador, Jesucristo. Pues tanto la historia de Mahoma en el Islamismo como la de Buda en el Budismo poseen numerosos datos contrastados sobre su vida y sus hechos. Por el contrario, la vida de Jesucristo anterior al comienzo de su predicación con treinta años apenas se conoce y está plagada de datos contradictorios. Incluso se encuentran pocas referencias sobre su vida en los historiadores, tanto entre sus contemporáneos (como las *Antigüedades de los judíos* del cronista Flavio Josefo), como en los de épocas posteriores (como los *Anales* de Tácito). Eso fue lo que me resultó más extraño, ya que cabe pensar que fuera muy conocido en aquel tiempo, dado el impacto que su figura y su predicación debieron de generar en todos ellos.

Aun así, fue precisamente ese halo de misterio que emanaba de su figura lo que despertó mi mayor interés. Y también otro factor más relevante: de los tres personajes citados antes, Jesucristo ha sido el único que se ha proclamado hijo de Dios, ser humano

y divino a la vez. El propio Mahoma se calificaba a sí mismo únicamente como profeta.

Y así pensé: si su genealogía divina fue cierta, tal como había imaginado en mi niñez, y su comunicación con Dios había sido tan directa y privilegiada, al modo de la de un padre con un hijo, lo que nos transmitió sobre Dios y el Más Allá no debería ofrecer ninguna duda. Tenía que ser absolutamente cierto, incuestionable. Con esa idea me dispuse a profundizar en el tema.

Sin embargo, a medida que me adentraba en la investigación y leía un libro tras otro, topaba con más preguntas que antes sobre su figura: ¿por qué no se conoce exactamente el año de su nacimiento, cuando el calendario actual está basado en dicha fecha?; ¿por qué no se sabe apenas nada de su vida antes del inicio de su predicación y por qué se duda incluso de su nacimiento en Belén?; ¿por qué algunos hechos de su vida, de sus milagros e incluso de sus predicaciones son tan parecidos a los de otros personajes proféticos o mesiánicos anteriores de Israel o de otras culturas?; ¿por qué ciertos elementos esenciales de la religión cristiana surgen antes en las cartas de San Pablo que en los propios Evangelios?; e incluso, ¿por qué el estilo del Apocalipsis de San Juan guarda tantas similitudes con el del propio San Pablo?...

Me di cuenta así que eran muchos los interrogantes para los que no encontraba respuesta ni en los libros ni en los Evangelios.

Hubo luego algo que también me extrañó profundamente y que hasta entonces no había pensado. Jesucristo había centrado gran parte de su predicación en el anuncio de la llegada del fin de los tiempos. Basta leer los Evangelios para conocer su promesa realizada en varias ocasiones de que el reino de Dios está por venir enseguida, incluso en aquella misma generación. Si eso fue así, ¿qué ocurrió? ¿Se equivocó «humanamente» en su predicción? ¿Y por qué justamente en lo que hubiera concordado más con su misión?

Luego hubo otro elemento que me sorprendió aún más si cabe...

De pequeño había escuchado los Evangelios como el relato fidedigno de la vida del más grande hombre que jamás haya existido, y sus palabras como la exacta traducción de lo que dijo. Ahora descubría que dichos Evangelios no eran más que la supuesta transcripción de los recuerdos de los apóstoles confeccionada muchas décadas después de la muerte de Jesucristo. Y muchos libros afirmaban que la fuente primigenia de la que partían tres de los cuatro evangelios (fuente Q) consistía básicamente en una recopilación de dichos de Jesucristo, o sea, de su palabra, no de los hechos de su vida.

Asimismo descubrí cómo se habían forjado algunas verdades esenciales de la religión cristiana que siempre consideraré inamovibles, tales como la virginidad de María, la Santísima Trinidad, la infalibilidad

del Papa o el obligado celibato de los sacerdotes: unas se habían añadido dos o tres siglos más tarde de la muerte de Jesucristo, mientras que otras fueron decididas en Concilios muy posteriores tras múltiples debates.

¿Cómo cerrar los ojos a la imagen de Jesucristo que muchos historiadores y críticos presentan, que tan distinta resulta de la conocida? Así, afirman que habría sido un personaje semejante al de otros profetas mesiánicos de aquellos tiempos; que su pretensión habría consistido más que nada en instaurar el reino de Israel prometido por el Dios bíblico, y que por eso habría escogido precisamente a doce apóstoles, correspondientes a las doce tribus de Israel; que tenía hermanos y posiblemente una compañera como era habitual en los maestros religiosos de aquel tiempo; que su figura se habría ido divinizando en las generaciones cristianas posteriores; que nunca habría hablado de constituir una Iglesia, pues imaginaba que el reino de Dios prometido estaba a punto de llegar; que su predicación habría recogido muchos elementos de la tradición judaica (especialmente de la farisaica) y esenia, y que no aportaba grandes novedades; que existían demasiados datos contradictorios sobre su resurrección...

Tampoco podía obviar la historia de la Iglesia, la institución que habría seguido el camino y la predicación de Jesucristo, el principal protagonista de sus

ritos y del movimiento que inició; la historia de un primigenio núcleo cristiano centrado en Palestina que se había ido transformando en un movimiento religioso que se extendería por todo el Imperio Romano, primero por medio de San Pablo, San Pedro y muchos otros cristianos que predicaron la «buena nueva» y, mucho más tarde, gracias al factor decisivo del Edicto de Milán formulado en el siglo IV por el emperador Constantino, quien decidió acogerla bajo la protección oficial del que luego se convertiría en el Sacro Imperio Romano.

Estaban también ahí, innegables, escritas sin dejar lugar a dudas por autores reconocidos, las páginas negras de la Iglesia que protagonizaron algunos Papas. Aunque muchos de ellos habían sido ejemplares, otros se distinguieron por la corrupción, la criminalidad, los favoritismos y hasta por ciertos desvíos sexuales. Asimismo, resulta evidente la acumulación de poder y de capital económico de la institución eclesiástica, así como la estricta jerarquización de su gobierno, muy alejados de lo que debió ser la vida de Jesucristo y de las primeras comunidades cristianas.

Pero un camino de crítica y desvalorización no conduce demasiado lejos, y menos permite entender la fuerza que ha llevado al Cristianismo hasta nuestros días, y tampoco su extensión por todo el mundo. Además, ya no podía confirmar más los datos que me inte-

resaban sobre su figura ni encontrar nuevos aportes. Cuantos más libros y documentos leía sobre aquel tiempo primigenio, menos claridad alcanzaba.

En general se considera que el mayor aporte de Jesucristo no son sus acciones o sus milagros, que podrían ser o no cuestionables según parámetros científicos y análisis metaliterarios rigurosos de los Evangelios, y aún menos, claro, los avatares de la Iglesia que se constituyó después, una institución muy humana por decirlo de alguna manera. Así, el elemento más trascendente de su misión en la Tierra sería su mensaje, que se ha convenido en denominar «palabra de Dios». Si eso es así, pensé, ahí estaría la clave para comprenderle.

Jesucristo habla de la «buena nueva» al anunciar una ética distinta a la del Antiguo Testamento; una ética basada en el amor, en la redención de los pecados de la humanidad y de la culpa originaria, y asimismo en la promesa de la próxima llegada del reino de Dios para todos los creyentes.

¿Se distingue el mensaje evangélico de Jesucristo por su claridad y coherencia? ¿Fue eso lo que realmente dijo? Nunca me había parado a pensarlo así. Pero sus palabras se pueden leer perfectamente en los Evangelios, ya que los cuatro evangelistas parecen estar especialmente de acuerdo en el mensaje de Jesucristo, aunque lo estén mucho menos en su biografía.

«Bienaventurados los pobres y los hambrientos, los que lloran, los humildes, los tolerantes y compasivos...», predica Jesucristo en el Sermón de la Montaña, «pues de ellos será el reino de los cielos». Este sermón, en el que se recoge gran parte de su renovador mensaje, propugna una serie de máximas a los que le siguen: acoger a los más desfavorecidos, no acumular riquezas, no juzgar para no ser juzgados, ser misericordiosos y, sobre todo, amar al prójimo, y nada menos que a los enemigos.

«Amaos los unos a los otros...»; «no juzguéis y no seréis juzgados...»; «el reino de Dios es de los que son como niños...» son algunas otras de las máximas esenciales de su mensaje de tolerancia, amor, perdón y misericordia hacia los humanos, que compara con el modo de hacer del Dios de los cielos, su padre.

Y junto a eso, conviviendo con esa ética digamos «humanitaria», en otros momentos la predicación de Jesucristo, aquel que habrá venido a redimirnos del pecado original, expresa una estricta y severa radicalidad en su forma de juzgar que se evidencia en su predicción: al final de los tiempos, Dios bajará de los cielos para juzgar a todos los hombres y condenará al castigo eterno a los que hayan hecho el mal.

¿Cómo entender que un ser tan perfecto como lo debe ser Dios pueda comportarse de forma aún más severa que la justicia humana y pueda condenar a las criaturas que ha creado para toda la eternidad?; y,

¿cómo podrá juzgar de este modo a un ser hecho a su imagen y semejanza?

Ese componente estricto de la ética cristiana se observa en otros momentos del mensaje de Jesucristo. Así le escuchamos decir que «los convocados al reino de Dios son muchos y pocos los elegidos», que «se pueden perdonar todos los pecados, pero la blasfemia contra Dios no se perdona» o que el Juicio Final «será la hora del llanto y del crujir de dientes...».

Ese «Dios» que baja de los cielos para impartir justicia, selecciona a unos y otros según sus acciones, puede ser a veces muy bondadoso y otras extremadamente duro, y puede castigar como dice Jesucristo a las ciudades que se hayan desviado, ¿no es un Dios muy humano en sus formas?

El mismo reino de Dios prometido por Jesucristo, ¿no guarda cierto parecido con un reino de este mundo? El trono celestial, los elegidos sentados a la derecha de Dios Padre, los sitiales para los doce apóstoles, el banquete celestial, la condena al fuego eterno para los que hayan pecado..., parecen elementos más propios de nuestro mundo que de un Más Allá donde se encontraría Dios.

Quizá la forma de hablar Jesucristo sobre el reino de Dios fuera algo simbólico o metafórico tan sólo. Quizá Jesucristo y su mensaje fueron modificados por sus discípulos con el transcurso del tiempo. Quizá Jesucristo mismo sólo podía transmitirnos la

imagen de Dios en esa forma humanizada, pues no hubiéramos podido entenderla de otro modo...

Quizá sea, tal como señalan autores cristianos como Pascal, tan sólo una cuestión de fe. Y seguramente, en ese nivel de las creencias, haya que ir con mucho tiento al analizar un tema tan sensible como lo es el Cristianismo y la figura de Jesucristo, su fundador.

Quizá por eso, en ese punto de la investigación que había emprendido, creí llegado el momento de dirigirme hacia la Ciencia, para saber si había abordado de alguna manera la existencia de Dios y del Más Allá...

¿Vida después de la vida?

La Ciencia no sabe de creencias ni precisa de la fe.

Por lo menos la ciencia con mayúsculas, la que objetiva y verifica sus hallazgos minuciosamente, la que estudia los fenómenos humanos y analiza la Naturaleza con rigurosos instrumentos. Resulta así que lo que está más allá de la frontera de los fenómenos físicos observables con sus medios, la metafísica, queda fuera de su campo de estudio.

Los científicos no han intentado jamás probar la existencia de Dios. Aunque puedan tener sus creencias, aunque puedan incluso colaborar con la religión para estudiar fenómenos incomprensibles, como ciertas curaciones «milagrosas», o analizar venerados objetos de culto, léase el análisis radiactivo de la llamada «sábana santa» que habría cubierto el cuerpo de Jesucristo, no pueden ni quieren llegar más lejos en su análisis.

Pueden, eso sí, constatar que el origen de la creencia en Dios se remonta a los tiempos más remotos de la humanidad y comprobar que hace ya cien mil

años los humanos enterraban a sus muertos o que hace diez mil tallaban estatuillas que representaban divinidades. Y saben de la importancia que antiguas civilizaciones conferían al Más Allá gracias al estudio de sus escritos y sus sepulcros. Pero no estudian propiamente a Dios ni mucho menos pretenden explorar ese Más Allá.

Pueden también someter a riguroso examen ciertos fenómenos parapsicológicos igualmente alejados de la lógica científica, como los fenómenos de videncia, los de comunicación extrasensorial u otros semejantes. Pero tan sólo podrán concluir que la Ciencia no tiene ninguna explicación para ellos, señalando que pertenecen al dominio de la metafísica o, en el peor de los casos, confirmar que muchos de los que se atribuyen esos fenómenos abusan de la ingenuidad de la gente.

Han intentado asimismo mandar un sofisticado ingenio más allá del Sistema Solar con mensajes grabados donde se explica la cultura humana buscando establecer comunicación con hipotéticas culturas extraterrestres. Y en su vertiente militar, han estudiado afanosamente los supuestos OVNIS o platillos volantes que plagaron los cielos en las décadas en las que reinó la guerra fría entre las dos grandes superpotencias. Pero en ninguno de ambos casos osarán decir que han buscado comunicarse con Dios ni con supuestos espíritus.

Los científicos han explorado asimismo la Naturaleza, aunque hasta ciertos límites. También han profundizado en el objeto de sus investigaciones, hasta que han alcanzado ciertas fronteras que sus instrumentos no han logrado rebasar. Incluso pueden especular sobre el origen del Universo, al ser ya capaces de describir los componentes más elementales de la materia viva. Pero se detienen en ese linde, y jamás se atreverán a postular que todo ello sea creación de algún dios.

También yo me encontré con esos mismos límites en mi propia investigación sobre temas tan desconocidos. Pero mi afán por saber seguía intacto: necesitaba entender qué sucedió en aquel instante de la muerte de mi madre, comprender ese «algo» que creí atisbar y que sacudió mi razón, ya que trascendía todo lo que había experimentado hasta entonces.

¿Qué decían los entendidos sobre ese «algo» que habría más allá del instante final? ¿Existían experiencias semejantes a las que vivencié aquel instante final? No quería caer en esas explicaciones simplistas a las que nuestra imaginación es tan proclive.

De poco, por no decir de nada, me servían los estudios científicos tradicionales para comprender lo que podría existir más allá del trance humano que llamamos «muerte». ¿Qué ocurre tras ese momento?, ¿en qué se transforma el ser de quien fue aquella per-

sona querida, si es que continúa en algún modo?, ¿qué nos aguarda tras ese instante fronterizo?

Mis estudios médicos no me daban tampoco ninguna respuesta. Es fácil conocer los fenómenos que se producen en el organismo cuando se desconecta del impulso vital que lo mantenía; así, la detención de los ritmos cerebral, cardíaco y respiratorio, tras los que sigue el deterioro irrefrenable de los tejidos por la falta de riego sanguíneo. Pero ese conocimiento, claro, no respondía a mis preguntas.

¿Puede ser que tras la muerte, como se afirmaba desde la Antigüedad, el ser espiritual de lo que fue aquella persona persista en algún modo que desconocemos? En el diálogo *Fedón* (subtitulado *Sobre el alma*), que recoge los momentos previos a la muerte del genial Sócrates, su alumno Platón nos transmite una de las más antiguas creencias humanas: el alma, por su carácter inmortal e indestructible, no perece con el cuerpo, sino que sigue su viaje hacia un Más Allá que los griegos situaban en el Hades.

Muchos otros pueblos de la Antigüedad convirtieron este viaje al Más Allá en un eje central de su existencia, con monumentos, libros y ritos destinados a la posible vida eterna de sus habitantes, especialmente la de sus jefes. Así se plasmó en el universo de los etruscos, los mayas y tantos otros pueblos de aquel entonces. Y muy señaladamente se observa en el Egipto de los faraones, plagado de infinidad de monu-

mentos destinados a esta finalidad, como las pirámides, sobrecogedor resultado del esfuerzo de miles de trabajadores para erigir la morada última de sus reyes, desde donde iniciarían su viaje en la barca solar hacia el Más Allá.

Durante los meses que siguieron al trágico momento de la muerte de mi madre, pensaba a menudo en estos temas llamémosles espirituales o trascendentes. Influida por lo que había percibido en aquella habitación de hospital donde permaneció ingresada y donde finalmente sucumbiría, un día decidí visitar una librería del centro de Barcelona especializada en temas de psicología, parapsicología y esoterismo.

A ese local pequeño y de forma alargada se llega tras descender por unas pequeñas escaleras; y acoge, bien ordenados por apartados, numerosos libros de psicología, de metafísica, de astrología y también de terapéuticas alternativas como la homeopatía, el yoga o la meditación. También se ocupa de temas tan diversos como el tarot, los mandalas, el chamanismo o la ufología, y hasta de algunos relacionados con ángeles, hadas y vidas pasadas. Se podrá creer o no en dichos temas, pero por lo menos esa librería los trata con cierta seriedad.

Mucho tiempo antes la había visitado, por un lado por curiosidad, y por otro porque alguno de sus libros me había servido para trabajos de psicología que

incluían enfoques terapéuticos alternativos. Aunque esta vez no buscaba ningún libro en concreto. Más bien quería indagar en temas que trataran de algo tan ignoto como lo que sucede tras la muerte.

No esperaba encontrar nada, pero inconscientemente, sin haberlo ni tan siquiera pensado, estaba buscando un libro que una vez ojeé. Cuando lo vi, en un apartado situado en las profundidades de aquella librería alargada, me di cuenta de que ahí podía estar lo que buscaba. Se titula *Vida después de la vida*, y está escrito por un médico psiquiatra, Raymon A. Moody.

Trata sobre la muerte, tema tabú de nuestra civilización según el autor, y los fenómenos que la acompañan. El autor los denominó NDE (*near death experiences*, experiencias en el umbral de la muerte). Se apoyó en el testimonio de numerosas personas que fueron dadas por clínicamente muertas en diversas circunstancias y que, tras volver a la vida, pudieron relatar. Escrito en los años setenta, muy pronto se convirtió en un éxito de ventas. Más tarde, el autor seguiría estudiando esta temática en otros libros como *Reencuentros* o *Regresiones*.

Personalmente considero *Vida después de la vida* mucho más riguroso y científico que esas otras obras del autor, en las cuales aborda temas que me parecen mucho más difíciles de sostener y demostrar, como la comunicación con los muertos. Para hacerlo posible, el autor montó en Alabama lo que llamaba

«teatro de la mente»: en una habitación llena de espejos, y con técnicas parecidas a las de los oráculos griegos, además de otras como la privación sensorial y la hipnosis, intentaba evocar el espíritu de los muertos. Sostener dichas creencias fue seguramente la razón principal de que este autor cayera en cierto descrédito en el mundo científico.

¿Qué explican las personas que pasaron por el trance de «morir» y pudieron volver a la vida? Parece muy común a todos ellos experimentar vivencias como las siguientes: verse fuera del cuerpo, como un espectador que contempla una pantalla de cine, pudiendo incluso ver las maniobras desesperadas de los médicos para reanimarle; entrar en un túnel oscuro que lleva a un espacio de intensa luminosidad; experimentar la captación inmediata de todo sin palabra alguna; vivenciar la sensación de que el tiempo se detiene y el pensamiento se vuelve extremadamente lúcido y libre; sentirse lleno de una gran paz, sin dolor ni malestar alguno; observar de forma retrospectiva y ultrarrápida todos los momentos culminantes de su vida...

Esas personas explican lo percibido como algo muy difícil de transmitir y describir, pues trasciende las dimensiones habituales. Muchos concluyen que captaron algo fuera del tiempo y espacio comunes, una cierta eternidad. Y todos ellos, tras «regresar» de esa experiencia a la vida habitual, y con el paso del tiempo, afirman sentirse muy transformados, sin

miedo alguno a la muerte, y con un sentido mucho más profundo de su vida.

Los científicos que analizaron esta obra han comparado muchas de estas percepciones a las que se experimentan en momentos de gran alteración emocional, como les ocurre a los pilotos de combate al acelerar fuertemente su avión. También a las que se padecen por un tipo de epilepsia focalizada en el lóbulo cerebral temporal, o las de tipo alucinatorio que se producen tras el consumo de drogas tipo mescalina o LSD. Igualmente, a las que se producen en determinadas experiencias místicas. Finalmente, atribuyen todas estas percepciones a cambios fisiológicos generados por modificaciones de los neurotransmisores cerebrales, como son las endorfinas, o las debidas a alteraciones del riego cerebral.

Otras vivencias descritas por R. A. Moody en su libro parecen haber sido más cuestionadas. Así, la descripción de que algunas de estas personas, tras traspasar el túnel oscuro, se encuentran con seres queridos bajo una forma espiritual, o incluso con un ser luminoso semejante a un ángel o con el propio Jesucristo, y se comunican con ellos mediante un lenguaje universal sin palabras.

El propio autor, por lo menos en este libro, hace un repaso a todas las posibles interpretaciones científicas dadas a estos fenómenos, como las farmacológicas, las neurológicas o las psicológicas. Con mucho tiento

asevera que a su entender los fenómenos NDE son diferentes, para concluir que habría que encontrar una explicación adecuada para todos ellos. Por lo menos en ese libro no se atreve a ir más allá ni aventura hipótesis metafísicas o esotéricas.

La pregunta que surge a continuación es obvia: esos fenómenos, ¿son realmente el resultado de las mismas alteraciones fisiológicas, neurológicas, psicológicas o de cualquier otro tipo del organismo que generan la detención de los ritmos vitales, o sea, las que se producen en el trance de morir?, ¿o indican algo más que por ahora desconocemos y que aún somos incapaces de objetivar?

Personalmente jamás he observado ni experimentado nada igual a estos fenómenos. Sólo he podido constatar que, en pocas y privilegiadas ocasiones, como lo pueden ser momentos de gran angustia, de contemplación de un hermoso paisaje o de consumo de ciertas drogas, se producen sensaciones que se asemejan en algo. Pero, desde luego, nunca de un modo tan intenso ni tan fuera de lo común.

Quizá por este motivo, porque necesitaba conocer de primera mano esos fenómenos, decidí en este tiempo ir a ver a la persona que mucho antes de la muerte de mi madre me había explicado una experiencia semejante: Joaquim Jordà, el reconocido cineasta. Cuando me la relató, no le di mayor importancia. Y hasta este momento, no había vuelto a pensar en ello.

El barrio del Raval, el antiguo barrio barcelonés cercano a las populares Ramblas, acogió desde antiguo muchos mundos marginales: personas mayores y solas, inmigración y pobreza, prostitución... No hace mucho fue sometido a una dura reestructuración en aras del embellecimiento impulsado por la «Barcelona guapa» que destejió su compleja estructura. A pesar de la apertura de bares, hoteles y tiendas de diseño, hoy está repleto de comercios y establecimientos regentados por gentes sin muchos medios de todo el mundo, principalmente marroquíes y pakistaníes. Una curiosa paradoja.

Atravesando ese barrio, cerca de la nueva avenida que lo segó y dividió en dos partes, se llega a la casa donde vive Joaquim. En su espacioso piso, ocupado en gran parte por sus repletas cinemateca y biblioteca, hemos conversado algunas veces de casi todo lo humano y lo divino. Y fue en una de esas privilegiadas ocasiones cuando me contó su experiencia.

Una mañana de domingo de este mismo verano, cuando ya estaba trabajando en este texto, pasé casualmente, o eso creo, cerca de su casa, y me decidí a llamar a su timbre; quería intentar hablar con él nuevamente de lo que me había contado. Sorprendentemente, pues nos encontrábamos en plena soledad del mes de agosto, la voz de Joaquim Jordà me contestó.

Sorprendentemente también, estaba junto a su mujer. Pues lo habitual era encontrarle solo, acompa-

ñado de sus sempiternos cigarrillos. Pero esta vez no fumaba y su cara ofrecía una palidez inhabitual. Enseguida me explicó lo que le ocurría: un proceso tumoral, cuyos síntomas notó súbitamente, le había llevado a una dura estancia hospitalaria, de la que había salido con un pronóstico futuro de tratamientos paliativos incisivos.

Hablamos, claro, de su enfermedad actual y de cómo le estaba afectando. Como siempre, ésa es una de sus facetas características, parecía mirarlo a distancia, y me la explicó del modo en que un actor hablaría del nuevo guión que le ha llegado. Aunque el guión actual, el que podía acercarle a la muerte, ya lo conocía. Por eso pudo relatarme de sus proyectos futuros y de un homenaje que pronto se le haría con esas palabras: «Será un homenaje póstumo...».

Joaquim Jordà estuvo al borde de la muerte hace muchos años. Hasta se puede decir que traspasó ese umbral. Todo había empezado meses antes de este suceso, al sufrir un repentino derrame cerebral que le dejó varias secuelas neurológicas. La más importante fue una agnosia, es decir, la incapacidad para poder interpretar las sensaciones que llegan al cerebro, y que en su caso le impedía en gran manera la comprensión de la lectura. Un trago difícil de digerir para quien siempre fuera un lector empedernido.

Pasó el tiempo. Y a los pocos meses de sufrir el derrame, los médicos decidieron operarle con la finali-

dad de mejorar su circulación cerebral y las dificultades neurológicas que padecía. Esa situación quedó reflejada gráficamente en una de sus más conocidas películas, *Monas como la Becky*, donde la propia operación formó parte del guión. Debido seguramente a dicha intervención en el siempre delicado tejido cerebral, padeció de pronto un aparatoso coma epiléptico.

Cuando le ocurrió, estaba solo en casa, pero aún tuvo la fuerza de voluntad y la serenidad suficientes para poder llamar a una amiga. Balbuceante, incapaz de poder comunicar correctamente lo que le pasaba, sólo acertó a transmitir la extrema urgencia en que se encontraba, para caer desfallecido a continuación. Al poco, una ambulancia le trasladaba al hospital. Ese ingreso hospitalario vino acompañado de una experiencia inusual: una experiencia en el umbral de la muerte, una NDE.

A instancias mías, me la volvió a explicar. Parecía uno más de los guiones que él mismo crea. Y así fue más o menos su relato: que en algún momento sintió que salía fuera de su cuerpo y que flotaba en un espacio infinito, como entre nubes, a la vez que experimentaba una sensación de bienestar absoluto. Al despertar, se encontró en un blanco espacio desconocido. Al pronto no supo dónde se encontraba. Las dos bellas mujeres que le acompañaban le parecieron, me dijo en tono jocoso, dos huríes del paraíso. Paulatina-mente fue reconociendo que aquel escenario era la

habitación de un hospital y las dos mujeres dos cariñosas y bellas enfermeras que le cuidaban.

Creo que esa vivencia debió dejarle marcado, aunque no sé hasta qué punto. Por eso me extraña no haberla visto reflejada como tal en ninguna de sus películas. Ni tan siquiera en la última, *Veinte años no es nada*, aún no estrenada, que refleja documentalmente el pasar del tiempo al abordar los cambios producidos en sus protagonistas después de veinte años sin verse; y que también muestra las consecuencias que la muerte de su compañero dejó en otra de las protagonistas, la que había sido su amorosa pareja.

La opinión de Jordà sobre su experiencia NDE es muy clara. No se trataría de una «vida después de la vida», sino tan sólo de las sensaciones que acompañan a la muerte y que serían el paso previo hacia la paulatina disolución de su ser. Desde entonces, siguió explicándome, la posibilidad de morir no le causa ningún temor. Asimismo considera que cada cual vive esa experiencia según sus creencias; así, el encuentro con ángeles o Jesús en la gente religiosa, la disolución en la Nada para los agnósticos...

Transcurrido un tiempo después de esta entrevista volví a hablar con Joaquim. Hablamos de su enfermedad actual y supe que el proceso continuaba, sin perspectivas de curación total. Lo aceptaba, no había más. Le expliqué lo que había escrito, y me corrigió con gran precisión la secuencia de hechos que

yo había narrado. Fue como asistir a una de sus clases del máster de cinematografía.

Quizá Joaquim Jordà tenga razón y las experiencias NDE sean tan sólo las que acompañan a la muerte y subsiguiente aniquilación del ser. Como no lo he vivido, no puedo confirmarlo ni negarlo. Y ni tan siquiera si hubiera sido así podría tener la plena certeza.

Quizá escapa a los humanos poder saber qué hay tras eso que hemos convenido en llamar «muerte». Quizá tan sólo podamos tener mínimos vislumbres de lo que hay tras el morir, debido a nuestra imposibilidad para avistar lo que sucede en otras dimensiones, en el supuesto de que éstas existieran. Quizá no haya nada más y tan sólo nos espere el vacío.

De momento, en mi investigación, sólo disponía de mi experiencia propia: lo que había captado en el instante final de la muerte de mi madre. Y mientras lo recordaba de nuevo, me vino a la mente otro instante imborrable de aquel tiempo, un instante que supuso la confirmación del final de toda una época.

Fue el momento de nuestra despedida final...

VI

Ceremonia final

«Polvo somos, y en polvo nos convertiremos...»

Con esta frase ritual se nos untaba la frente en el Miércoles de Ceniza, el día que inicia el tiempo de Cuaresma. Y creo, aunque no estoy seguro, que también se lee esa cita en el oficio de difuntos.

Las cenizas son a veces la última expresión de lo que fue una materia, sucumbida bajo el fuego, la descomposición o algún otro tipo de proceso. En el caso de dicha ceremonia religiosa, se refieren evidentemente a los restos que quedan de la persona difunta tras el transcurrir del tiempo.

La ceniza presidió precisamente el último acto de la despedida de mi madre...

Habían pasado dos meses ya desde aquel momento fatal cuando creímos necesario no postergar más la solicitud hecha por mi madre antes de morir. Quería, nos dijo, que incineráramos su cuerpo y lanzáramos las cenizas en algún bello lugar que no recuerdo si llegó a nombrar. Transcurría ya el mes de noviembre cuando nos decidimos a realizar la ceremonia.

Un domingo por la mañana nos pusimos en camino. Íbamos hacia el santuario del Montgrony, desde donde se puede contemplar el enorme macizo del Pedraforca en toda su magnitud. Habíamos escogido este lugar por la belleza y fuerza natural de sus paisajes. Descartamos lanzarlas al mar, otra posibilidad que contemplamos, por cuestiones de salubridad de las aguas.

Atravesamos el mundo del otoño siguiendo una caravana de coches interminable en dirección a nuestra meta. Nos acompañaba el paisaje multicolor de esta estación del año, con los árboles cubiertos de colores amarillo, verde y rojo, y el suelo repleto de hojas muertas. Recuerdo el cúmulo de agrídulces sensaciones que notaba en mi interior; imagino que también le ocurría al resto de la comitiva.

El lento discurrir del viaje, que parecía no llegar nunca a su final, trajo consigo una vivencia que siempre acompañó nuestro mundo familiar, como seguramente debe acompañar también el de muchos otros: la sensación de perennidad, de que aquel mundo nunca podría finalizar.

Ahora había llegado el momento de aceptar los límites de aquella eternidad terrenal. Pues todos habían ido cayendo, uno por uno, los poderosos seres que dominaron nuestra infancia, figuras de un sueño de vida que semejaba inacabable. Ahora ese mundo llegaba a su lógica terminación. Y así debía aceptarse.

También nuestro viaje hacia el santuario llegó a su término. Y nos encontramos ante la ineludible necesidad de realizar aquel acto tan demorado.

Todo fue mucho más complicado de lo que habíamos pensado. Caminábamos colocados en fila india, abstraídos en nuestros pensamientos, y no lográbamos encontrar ningún lugar apropiado. Ni siquiera los hijos habíamos hablado sobre la manera en que queríamos realizar la ceremonia. Supongo que estábamos mucho más afectados de lo que podíamos dejar traslucir. Además, sucedió algo que acabó por dejarnos un recuerdo imborrable. Por lo menos yo no lo he podido olvidar.

Me había correspondido a mí finalmente lanzar las cenizas. Mi hermana mayor abrió el pequeño arcón que las albergaba y me acerqué lentamente al vacío. Entonces, en el preciso momento de lanzarlas, un inesperado golpe de viento dejó parte de ellas prendidas a mi pantalón. ¡Qué sobresalto sentimos todos!

Era como si no quisieran desprenderse de nosotros. Como si mi madre expresara de esta forma que quería seguir acompañándonos para siempre. Puede parecer una idea algo loca, pero fue lo que sentí en aquellos momentos. Al sacudir mis pantalones, fue como si la echáramos de nuestro lado sin remedio.

Cuesta mucho despedirse de los seres queridos. Es muy difícil acostumbrarse a no tenerlos al lado, como siempre ha sido. Sólo queda acostum-

brarse. Quizá ése sea uno de los secretos de la vida: acostumbrarse, a lo que tenemos, a lo que ya no está con nosotros.

Ha pasado aproximadamente un año de esa ceremonia. En este tiempo nos hemos ido acostumbrando a su ausencia. Poco a poco. Día a día. Instante a instante. Ahora, si uno mira hacia atrás, parece como si hubiera transcurrido un largo tiempo desde aquel día. Casi una eternidad.

Termina también ahora este primer trecho de investigación, tras haber recorrido varios caminos. Y sigo buscando entender ese «algo» que capté en aquel instante final en una habitación de un hospital. Y pese a todo lo que he leído y preguntado, dentro claro de los límites que tiene dicha investigación, no he hallado respuestas.

Ni lo que dijeron los grandes pensadores ni lo que ofrece la religión ni lo que asevera la Ciencia me han servido para vislumbrar lo que hay tras la vida humana, para obtener alguna certeza sobre la existencia de ese Más Allá. Cada uno de los caminos emprendidos me ha llevado a más dudas e interrogantes.

Salvando evidentemente las distancias, veo que he estado usando un método semejante al que descubrió un gran pensador, René Descartes, aunque en forma contraria. En el intento de buscar alguna verdad incuestionable, Descartes creó un sistema en el que

dudaba de todo y llegaba a especular con la idea de que Dios mismo pudiera engañar.

El famoso método cartesiano, un análisis inexorable de todo el saber que este autor poseía, mediante el que ponía en cuestión todos sus conocimientos y creencias, y hasta sus propias percepciones, le dejó una sola certeza, incuestionable a su entender: el propio pensar. Aunque dude de todo, se dijo, pienso. Y así lo formuló: «Pienso, luego existo». Con este consistente punto de partida, pudo luego construir todo su edificio conceptual.

Por mi parte, veo que he partido de creer en primera instancia en todos los conocimientos que mi restringida investigación me ha aportado, para analizar luego sus aciertos, hasta que sólo me ha quedado una certeza indudable: lo que percibí en el instante de la muerte de mi madre. Sólo eso.

También esa percepción podría ser puesta en duda. Aunque ese «algo» existiera, resulta indemostrable. No he podido obtener ninguna prueba firme de su existencia. Al contrario de lo que sucede con la certeza del pensar propio que capta Descartes y que se puede comprobar a todas luces.

De momento, hasta llegar al final de la investigación que me he propuesto, me aferro a esa percepción como única certeza. Y establezco una simple hipótesis sobre ese «algo» que remeda el aforismo cartesiano, aunque me atreva a pluralizar: si lo he perci-

bido, si todos captamos ese «algo» en alguna ocasión de nuestra vida, es que debe existir. Algo así como: «Lo captamos, luego existe».

Sólo cuento por ahora con esa simple hipótesis y una clara determinación: la de seguir buscando.

Y así prosigo mi investigación...

Segunda parte

EL INSTANTE INICIAL

Antes de aquel instante final, estimada, hubo muchos instantes, ¿te acuerdas?

Hubo todo un universo de instantes que se sucedieron uno tras otro hasta configurar una historia, nuestra historia de vida.

Hubo, es cierto, irreparable ya, ese instante fatal que te alejó de nosotros. Pero antes, si pudiéramos retroceder en el tiempo, encontraríamos muchos otros instantes. ¿Los recuerdas? Poco tiempo antes de tu estancia en el hospital, encontraríamos los de tu vida y la nuestra separadamente, pues cada uno de nosotros, tus hijos, vivíamos ya en nuestra propia casa; y mucho antes, era yo aún un joven universitario, estarían los felices instantes del casamiento de dos de tus hijos, mis hermanos, junto con los trágicos del final de la vida de tu esposo, nuestro padre.

Y lejanos en el recuerdo, increíblemente antiguos, los familiares propiamente dichos, cuando todos compartíamos juntos la vida cotidiana en aquel enorme piso y vosotros dos ejercíais plenamente como padres.

Y todavía mucho antes de todo esto, perdidos en la bruma del olvido, los instantes de nuestra infancia: los de

los juegos, la lectura, el inicio de la escuela, las comidas familiares precedidas por el rezo, la misa de los domingos...

Y antes de todo esto, dime, estimada, ¿antes qué hubo? Cuando aún los hijos no existíamos, ¿qué instantes hubo en ese tiempo que desconozco en gran manera?

Y así seguiría buscando sin cesar, yendo hacia atrás en el tiempo, para intentar comprender cómo nuestro pequeño mundo llegó a ser.

Y si pudiera... Ay, si pudiera, ¿sabes lo que haría?

Pues iría al comienzo de todo, sí, hasta que llegara a lo más primigenio.

Así intentaría atrapar el instante más inicial. Y quizá entonces, increíblemente, lo comprendería todo.

El instante inicial, estimada, el más misterioso, cuando se creó la vida...

VII

Las vivencias del recuerdo

«Si yo lograra, de verdad, para siempre, dormir el alma...», canta la voz clara del insigne Alfredo Kraus desde mi aparato de música. Escucho atentamente cómo se desgranán los fragmentos de esa conmovedora romanza: «Ay, quien lograra [...] borrar el vértigo de aquella mujer fatal [...] en amores no vale matar la llama si en las cenizas muertas queda la brasa [...]».

Resulta fácil imaginar ese amor de fuego que renace una y otra vez de sus propias cenizas como ave fénix y que el protagonista intenta sustituir por el que siente hacia otra mujer que apenas conoce. Mientras la romanza acaba, el cantor sigue repitiendo el pegadizo estribillo: «Ay, quien pudiera dormir el alma [...] dormir el alma [...]».

He cerrado los ojos mientras suena esa romanza de explícito título, «Por el humo se sabe donde está el fuego», de la popular zarzuela *Doña Francisquita* que compuso Amadeo Vives con letra de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw. La fecha de su creación, mil novecientos sesenta y tres.

Y mientras la escucho, se va formando mágicamente de nuevo la gran galería que existía en nuestra casa de verano, alquilada por cierto, en la ciudad de Olot. Se va formando en mi mente, al modo que los efectos especiales generan la realidad virtual.

Sumergido en esa canción, contemplo ensimismado lo que sucedía en esa típica tarde de verano de cuando éramos pequeños y sonaba esa misma música zarzuelera: mi abuela con gesto concentrado tejiendo velozmente encaje de bolillos con sus delicadas manos donde porta un grueso anillo de piedras preciosas; cerca, sentadas en una mesa, mi madre y una tía que nos visitaba entonces hablan, y no adivino qué más hacen, aunque quizá estén jugando a cartas; extrañamente ninguno de nosotros los niños, ni tan siquiera yo mismo, estamos allí, posiblemente porque nos encontremos jugando en el jardín contiguo y esa escena la esté yo mirando a través de los ventanales que configuran la gran galería...

Esa mesa es la misma en que, por aquel tiempo, habré ojeado una revista semanal de actualidad donde se veían a todo color las fotografías del impresionante sepelio del papa Juan XXIII que conmovió el mundo de aquel entonces, no sé si tanto como el de Juan Pablo II que hubo hace tan poco. Y así, mediante esta asociación de imágenes mentales, puedo fechar hasta cierto punto el año de aquel momento infantil: mil novecientos sesenta y tres.

Esta romanza típica de zarzuela figura en un disco compacto que pertenecía a la colección discográfica de mi madre y que tomé de la casa familiar cuando debimos desalojarla. Aunque de ahí no pudo salir la música que escuché en aquel tiempo, pues con toda seguridad era la que producía la aguja de un tocadiscos en un disco fonográfico de aquella época.

Ese instante de mi infancia ha surgido inicialmente sin datación alguna. Mi mente, sin ningún esfuerzo, ha creado un instante que quizá condensa muchos otros instantes de varios veranos. Podría haber elegido otros instantes que me traen el recuerdo de aquel tiempo de Olot, pero esos otros no tienen la plenitud ni la fijeza de este momento tan privilegiado. Y noto que ese instante crece y crece en mi mente hasta llenarlo todo, incluso mi momento presente. Me basta pues con recordarlo para que surja y me parezca permanente.

Ahora creo entender lo sucedido. Esa escena que relato debió producirse tantas veces a lo largo de tantos veranos, y de forma tan parecida, que quizá mi mente de niño imaginó que seguiría para siempre: la galería, la música de zarzuela, mi abuela tejiendo, mi madre y mi tía conversando, nosotros jugando en el jardín...

De este modo advierto que, de nuevo, como me sucedió en el momento de la muerte de mi madre, estoy captando un instante que se ha escapado del

tiempo y se ha hecho eterno. Ésa es mi percepción subjetiva.

Y me gusta tanto este juego de recrear, pues se trata de un mero juego, ya que no tengo en este momento ninguna nostalgia de aquellos tiempos, que lo repito con una música de ópera que prefiero por encima de muchas otras.

Suenan los violines melancólicos a más no poder del preludio de *La Traviata* de Verdi que nos introduce en el salón de Violeta, la trágica protagonista de esta ópera, que permanece sentada en medio de un grupo de amigos que pronto cantarán el coro «Dell' invito trascorsa». Mientras tanto, el otro protagonista, Alfredo, su futuro amante, escucha de pie.

Y mientras canta el coro, y yo cierro los ojos, se forma esta vez en mi mente el salón de nuestra casa familiar en Barcelona y su gran mesa preparada con la vajilla de las grandes ocasiones. Son los momentos previos a la comida familiar de Navidad. Paulatinamente, a medida que suene el timbre de la puerta, irán entrando los invitados: mi hermana mayor y mi cuñado que viste con traje, seguidos de mi sobrino; después, mi hermana pequeña con mi otro cuñado y mis otros sobrinos; luego, yo mismo que no habré sabido encontrar vestido apropiado para la ocasión; y, por fin, con aire elegante, mi hermano mayor vistiendo a la última moda con su mujer de aquel entonces...

A medida que vamos llegando, nos dirigimos hacia un mismo lugar: la cocina, donde permanecen a la vista el pavo relleno y los turrone navideños. Mi madre, bastante nerviosa, nos echa cariñosamente. Y sé que ésa es una Navidad de hace años, sin fecha tampoco, que ha emergido al conjuro de la música de esta ópera de Verdi. Y todo se sucede con lentitud pasmosa, mientras vuelvo a comer los mismos platos del menú navideño: la típica sopa de pasta, el budín de pescado, el pavo relleno... Hasta puedo notar cómo los efluvios del vino que tomo confieren a la escena un tono borroso como de película antigua.

Coincidiendo con el brindis de *La Traviata* que entona Luciano Pavarotti en el papel de Alfredo y que corean todos los invitados, «Libiamo, ne' lieti calici», veo cómo alguien de mi familia levanta la copa y todos, mi madre la primera, nos felicitamos la Navidad y brindamos por volver a reencontrarnos juntos al año siguiente. Brindamos y comemos los turrone mientras alguien, seguramente yo o mi hermano, enciende la vela que ilumina la tarde invernal con su cálida luz.

Ese instante de la comida de Navidad se va alargando a medida que la luminosidad de la tarde decrece sin casi darnos cuenta, hasta acoger también la conversación de la sobremesa y los chillidos y risas de mis sobrinos. Y enseguida, dentro de la misma escena, me sorprende ver cómo corren mis propios hijos por los pasillos de la casa tras sus primos, y lo mismo me

ocurre cuando aparece la habitualmente adusta cara de mi padre sonriendo y hasta logro adivinar el vestido siempre gris que llevaba mi abuela.

¡Qué increíble instante! Pues durante esta fracción temporal han aparecido muchos de los personajes que poblaron en el pasado ese escenario navideño y hasta algunos de mi presente. Se han borrado así las fronteras del tiempo: jamás hubo ocasión para que mi padre conociera a mis hijos, pues hacía muchos años que había muerto cuando nacieron, y mucho menos mi abuela pudo tener a su lado a los que hubieran sido sus bisnietos.

Como si se tratara de un «túnel del tiempo», si es que ese hipotético lugar de paso pudiera existir, personajes del pasado y del presente han deambulado por ese escenario navideño. Y hasta podría viajar a través de ese túnel hasta otras Navidades: aquella de hace dos años que mi madre pronosticó sería la última, aunque se equivocara en un año; aquella en la que mis sobrinos aún pequeños cantaban el «cagat tió» aporreando un gran leño tapado con una manta, tradicional juego navideño para hacer aparecer regalos; aquella en que mi padre, ya muy enfermo, se levantó de la cama para celebrar los veinticinco años de su boda; aquella en que vino una tía mayor, muy rica y aristocrática por cierto, pues había muerto recientemente su marido y quizá no tenía otro lugar para pasarla...

A pesar de los diversos personajes que han aparecido, todos esos instantes de Navidad conservan ciertos elementos comunes: la luz de la tarde decreciendo, el brindis con champán y turrónes, la vajilla de cristal fino, la luz de la vela... Hasta puedo imaginar que ese mismo escenario estuviera ya mucho antes de nuestro nacimiento y que, si lograra introducirme por ese supuesto túnel del tiempo, podría llegar hasta otras Navidades de nuestros ascendientes familiares e incluso de mucho antes.

No acierto a saber lo que ha ocurrido. Ese instante atemporal ya no es tan sólo un instante detenido en el tiempo, sino un instante que está fuera del tiempo, lo que por principio me parece una profunda contradicción. ¿Cómo un instante, una fracción de tiempo, puede existir fuera del tiempo?

Sigo escuchando la música, mientras permanezco con los ojos cerrados manteniendo ese juego ficcional, hasta que mi mente científica irrumpe para intentar comprender lo que está ocurriendo y logra detener mi juego imaginario. Paulatinamente, el escenario y los personajes se van desvaneciendo ante mi mirada, aunque siga permaneciendo la vivencia.

La música de Verdi sigue sonando, pero ya no veo las vívidas imágenes de antes. Ahora estoy recordando el asombroso funcionamiento de la memoria humana, en la medida en que la puedo conocer por mis estudios e intereses en el campo de la psiquiatría

y en otros afines. Y así sé que se produce en gran medida en la corteza cerebral, una densa estructura gris de células nerviosas, muy reciente en la evolución, que recubre la superficie del cerebro y está muy implicada en el funcionamiento de la mente.

Dicha corteza cerebral recibe información sensorial por medio de millones y millones de neuronas que proceden de todo el organismo y llega a sus diversas áreas para ser elaborada: corteza occipital (desde los órganos de la visión), corteza temporal (de la audición y el olfato), corteza parietal (del tacto en general), corteza límbica (del mundo emocional en bruto y el funcionar corporal más involuntario)... A su vez, de ciertas áreas de la corteza parten largos haces de neuronas por los que se emiten las órdenes motoras voluntarias: corteza frontal (a todos los músculos) y corteza prefrontal (activa el razonamiento, la planificación y resolución de tareas, etc.).

La información recibida por la corteza será elaborada para dar lugar a «imágenes mentales», bien sean de tipo sensorial, motor o abstracto. Así se crea una «representación» del mundo, tanto del interno, el propio organismo, como del externo, el entorno. Su paradigma más claro es el de la visión: los estímulos luminosos que impactan en la retina ocular son transformados por ciertas células fotosensibles en información, y por medio del nervio óptico llegan hasta la corteza cerebral occipital, donde serán transformados en

imágenes que integran tonos de luz y sombra, formas, movimiento, relieve...

¿Cómo crea la memoria humana las imágenes mentales?

El eminente neurocirujano Karl Pribram ha afirmado que el cerebro procesa los datos que le llegan mediante un sofisticado análisis matemático de frecuencias y crea imágenes de tipo holográfico. Y también que puede captar frecuencias de otra dimensión, lo que explicaría las experiencias trascendentales, la telepatía, la sugestión o los fenómenos místicos.

La técnica holográfica permite recoger íntegramente toda la información procedente de un objeto en una placa en forma de «huella», un holograma, sobre el que podemos incidir con haces de luz tipo láser u otros para crear imágenes tridimensionales que parecen flotar en el espacio. Fue descubierta por Dennis Gabor, quien recibiría por ello el premio Nobel de Física. Y hoy se emplea en estudios microscópicos, técnicas de diagnóstico médico, medición de alta resolución, programas informáticos, construcción de potentes memorias, conducción aérea, cinematografía en tres dimensiones...

Un autor cercano a Pribram, el físico David Bohm, interesado por la física cuántica, postuló la posibilidad de que la realidad fuera de tipo holográfico, y también la de que existieran realidades más allá de las dimensiones clásicas del espacio y el

tiempo. Creía también que el mundo real no estaría constituido propiamente por objetos, sino formado por un flujo invisible de campos de frecuencias con elementos que contienen en sí toda la información, lo que el cerebro interpretaría para construir la realidad que percibimos. Eso supondría una organización de la realidad percibida muy diferente a la clásica; le llamó «orden implicado» (por oposición al «orden explicado», la realidad que conocemos y compartimos).

¿Son, pues, «holografías» las imágenes de mi recuerdo? ¿Funciona el cerebro mediante análisis matemáticos como un procesador? ¿Crea «huellas» que contienen toda la información sobre un objeto y luego las reproduce en forma de imágenes holográficas? ¿La realidad que percibimos es igualmente «holográfica»? No resulta fácil responder a estas preguntas.

Muchos modelos actuales que estudian el cerebro humano y la mente, tal como lo hace el neurocientífico Karl Pribram, tienden a comparar su funcionamiento con el de algún tipo de máquina capaz de crear imágenes. La más paradigmática de ellas es evidentemente el procesador personal, el popular ordenador, que remeda en gran manera la capacidad de memorizar del cerebro. Incluso puede crear imágenes de tipo holográfico, como las que se usan para simular ciertas realidades de forma virtual.

Sus propios componentes se parecen a las estructuras del cerebro humano: receptores periféricos para recibir y emitir información, sistemas para elaborar esos datos, una pantalla donde se «representan» los diversos tipos de imágenes (dibujos, lenguaje), un sistema para dar órdenes y un archivo que puede almacenar toda la información que llega, tanto la que sirve para su uso inmediato como la que constituye la memoria permanente.

Sin embargo, en una primera aproximación, observamos que el cerebro humano tiene varias diferencias con un ordenador: sus receptores periféricos son los órganos de los sentidos; no existe propiamente una «pantalla» donde se formen las imágenes mentales; su memoria no es de tipo mecánico ni sabemos con certeza si usa modelos matemáticos para elaborar los datos; el sistema para dar órdenes no es evidentemente un simple teclado...

¿Cómo funciona pues el cerebro humano?
¿Cómo puede dar a luz el mundo de las imágenes mentales? ¿Cómo se forman los recuerdos?

De momento, tan sólo he logrado entender algo más lo que ha producido el estímulo de la música de Verdi: despertar recuerdos muy vivenciales en forma de imágenes sensoriales sin dimensión temporal alguna. Así se me ha «representado» (es decir, vuelto a presentar) el mundo infantil de Olot. Posteriormente, el funcionamiento más abstracto, el razonamiento, les

ha conferido temporalidad y ha ido situando cronológicamente estos recuerdos.

Mientras he permanecido sumergido en ese funcionamiento sensorial y vivencial, fuera del tiempo por decirlo así, he captado ese instante como si fuera eterno. Luego, al razonarlo, al dimensionarlo temporalmente, se ha desvanecido esa ilusión producida por mi memoria.

Así pues, en ese instante vivencial de mi recuerdo, al igual como ya me ocurrió en aquel espacio hospitalario, he percibido claramente «algo» que no acierto a definir, aunque en esta ocasión parece venir de un tiempo previo, muy anterior al inicio de mi mundo de recuerdos.

Me propongo, pues, indagar por este nuevo camino que me lleva hacia atrás, hacia un tiempo originario. Así como antes indagué ese «algo» más allá del instante final, ahora intentaré aproximarme al «más acá», al instante más inicial.

VIII

Gestación de la mente

Son las primeras horas de una mañana del mes de septiembre de hace unos cuantos años que recuerdo especialmente luminosa. Sentado en una de las sillas de una pequeña sala, y a veces durmiendo como puedo en ellas, permanezco a la espera de que me avisen.

Me encuentro otra vez en un espacio hospitalario, pero por un motivo muy contrario al que supuso el ingreso de mi madre. Ahora se trata de una vida que comienza, pues voy a ser padre por primera vez. Tan pronto me llamen asistiré, en directo y como protagonista, a un instante inicial increíble que jamás había podido apreciar con tanta proximidad.

La amplia estancia adonde me conducen me parece igualmente un escenario surrealista, aunque todo lo que allí ocurra me será grato y hasta divertido. Y resulta surrealista no sólo por los pijamas de color verde que visten médicos y comadronas en contraste con la desnudez de las pacientes cubiertas por amplias batas, sino sobre todo porque consiguen dar al escenario un necesario aire rutinario y cuasi burocrático pese a todo lo que allí está en juego.

Yo lo vivo todo, claro, con gran emoción, como todo padre primerizo, y sufro mentalmente ante el inminente parto que anuncian las cada vez más frecuentes contracciones que sufre mi mujer. Y luego, en un momento impreciso, todo se sucede con gran rapidez, sin apenas tiempo para reaccionar, hasta que ella lanza un fuerte grito que no adivino si es de júbilo o de dolor.

Este grito que casi parece un aullido, y que progresa desde una mueca de dolor hasta tornarse risa incontenible, resuena por toda la gran sala. Y se produce en el mismo momento, así lo recuerdo, en que algo increíble surge de su propio cuerpo: la cabecita de mi hija. No recuerdo exactamente qué sucede a continuación, aunque me parece recordar que la obstetra y las comadronas realizan las rutinarias tareas que siguen al parto mientras comentan sus pormenores y se escucha el lloro de la recién nacida.

La siguiente imagen es mucho más precisa en mi recuerdo: de pie, sin casi poder contener la emoción, observo el cuerpecito rosáceo de mi hija que respira muy suavemente. Poco antes he podido tomarla un momento en mis brazos. Todo lo que ocurra a continuación no tendrá ya la misma carga de sentimiento: ni la llegada a la habitación donde estaremos un par de días ni la lógica y emotiva comunicación del evento a mi familia y menos aún mi regreso aquel mismo día a las labores habituales.

Ese instante en que despuntaba la cabecita de mi hija lo recordaré siempre como un milagro de la vida. Y es que, como le sucede a la mayoría de la gente, sólo se puede concebir realmente la gestación de un ser cuando observamos su nacimiento. Antes, a mi entender, sólo puede imaginarse con un esfuerzo de la razón, pues nada nos lo demuestra en toda su realidad: ni conocer la fecha de su futuro nacimiento, ni ver los signos evidentes del embarazo en la madre, ni oír los latidos del feto, y ni tan siquiera poder contemplar las imágenes algo abstractas de su movimiento logradas con la moderna tecnología médica.

¿Cómo puede imaginarse que de la nada haya nacido un ser? ¿Cómo puede crearse la vida sin la acción directa o la mediación de algún dios? En épocas muy primordiales de la humanidad parece que el acto sexual humano no se relacionaba con la futura gestación. Pensada desde una mente primitiva, la procreación sólo debía poderse comprender como resultado de una intervención divina o el efecto de alguna magia.

La reproducción humana es el resultado de procesos sumamente complejos. La Ciencia ha necesitado muchos siglos para llegar a comprenderlos en toda su integridad y apenas ha podido copiarlos. ¿Cómo imitar ese acto de pura creación que gesta una nueva vida dentro de un organismo?

Las innovadoras técnicas de reproducción asistida sólo han conseguido remedar los primeros pasos

de una gestación: la inseminación de un óvulo por un espermatozoide y cierto desarrollo del embrión. Pero los siguientes pasos que se suceden durante el embarazo deben necesariamente realizarse en el útero, único lugar donde el feto puede desarrollarse adecuadamente.

Y es que el cuerpo de la mujer es un inimitable «laboratorio natural» de vida, desde las estructuras anatómicas formadas por la vagina, el útero, las trompas de Falopio y los ovarios hasta la acción diacrónica de las hormonas que participan en el ciclo menstrual; así, los estrógenos que conforman el cuerpo femenino y estimulan la constante maduración de óvulos durante la fase premenstrual; la progesterona cuya misión fundamental es preparar la mucosa endometrial del útero para la posible anidación de un huevo fertilizado; así como las hormonas producidas por la hipófisis, una estructura endocrina hincada en la profundidad del cerebro que regula muchas otras funciones del cuerpo.

¿Cómo se gesta una nueva vida? Primero, mediante un asombroso proceso natural: la fecundación: un espermatozoide de los más de trescientos millones que libera el líquido seminal del hombre durante el coito deberá conseguir penetrar un óvulo. Se mezclarán así las cargas genéticas de ambas células germinales. Poco antes, muy «ingeniosamente», el óvulo y el espermatozoide habrán reducido a la mitad su número

de cuarenta y seis cromosomas por medio de una meiosis celular.

De la unión entre ambas células germinales se crea el cigoto, una nueva célula que suma ambas dotaciones cromosómicas y mezcla la herencia de ambos padres en forma aparentemente aleatoria. El cigoto portará consecuentemente datos genéticos de ambos progenitores en el ADN de sus células, así como información procedente del patrimonio filogenético de la humanidad para poder organizar el futuro organismo.

Ese instante inicial de la procreación abre un largo proceso en el que el cigoto pasa por diferentes etapas que parecen mostrar la evolución filogenética de los seres vivos: primera, un ser vegetal (con la implantación y enraizamiento de la «semilla» que constituye el cigoto); segunda, un ser anfibio; y, finalmente, el futuro mamífero. Durante ese tiempo, flotando en el líquido placentario y conectado a la circulación sanguínea de la madre, irá diferenciando sus diversos sistemas: muscular, circulatorio, respiratorio, nervioso... Al final del proceso se habrá conformado un feto a término, un ser presto ya para salir al mundo.

Sólo queda un paso imprescindible: el parto, un proceso regulado hormonalmente que, acelerándose progresivamente en sus instantes finales, permitirá que el feto pueda desprenderse de su territorio primigenio y ponga en marcha todas las funciones básicas que le permitirán vivir autónomamente, aun-

que durante el primer tiempo de vida deba depender en casi todo de la ayuda externa proporcionada por su entorno.

El parto, ese impresionante fenómeno que recuerda la salida de un sol naciente, con la repentina aparición de la enrojecida cabeza del feto por el canal vaginal, fue el que pude contemplar en directo aquella mañana de un día de septiembre de hace ya muchos años. Hoy, cuando veo a mi hija, lo mismo que me sucede con mi hijo, no puedo creerme que provengan de ese instante de vida tan inicial.

¿Cuándo surge el mundo mental del recién nacido? ¿Cuándo empieza a formar propiamente recuerdos? Durante el embarazo y los primeros tiempos de vida el cerebro, aún inmaduro y con poco desarrollo de la corteza cerebral, sólo puede elaborar los datos que le llegan de los órganos de los sentidos, y quizá forma imágenes mentales muy primigenias de tipo sensorial y motor sobre todo, pero no puede elaborarlas y mucho menos recordarlas.

Lo mental propiamente dicho, la mente humana, adquiere su adecuado desarrollo cuando el recién nacido posee un cerebro suficientemente maduro como para intercambiar datos directamente con su entorno mediante el lenguaje simbólico, para tomar conciencia de su identidad de humano. Entonces podrá enlazar su funcionamiento mental sensorial y motor primigenio con el funcionamiento mental racio-

nal. Así podrá captar adecuadamente sus recuerdos y los situará cronológicamente.

No resulta fácil vivenciar de nuevo acontecimientos de nuestra primera infancia. Uno de mis recuerdos más antiguos, el nacimiento de mi hermana menor, guarda cierto parecido con el que he relatado antes. Ocurrió también en una luminosa mañana, aunque no en una clínica, sino en nuestro domicilio familiar. Pero lo que rememoro se centra básicamente en una escena en el parque barcelonés de la Ciutadella, cuando con mis hermanos y una tía contemplábamos el bello estanque del parque a la espera del acontecimiento. Mientras lo vivencio, vuelvo a sentir la alegría que debía experimentar el niño de cinco años que yo era en aquel entonces.

Estos dos recuerdos, el del nacimiento de mi hija y el de mi pequeña hermana, han seguido un proceso parecido. Inicialmente se han despertado las «huellas» de mi memoria y he recreado vivencialmente sensaciones parecidas a las de aquellos momentos del pasado. Más tarde, las he podido razonar y situar temporalmente, aunque hayan ido perdiendo su vivencialidad.

Pareciera, pues, que se producen dos tipos de «imágenes del recuerdo», comparables a las producidas por dos famosas técnicas pictóricas: unas serían de tipo «impresionista», ya que han sido registradas con fuertes trazos de los sentidos y han producido sensa-

ciones e impresiones muy vivenciales; mientras, las otras serían de tipo «abstracto», pues consisten más bien en imágenes esquemáticas y de pálido colorido vivencial.

¿Cómo se forman las imágenes del recuerdo?

El cerebro es un órgano principal del ser humano que realiza diversas funciones, tanto sensoriales como motoras, por medio de millones y millones de neuronas que se coordinan y comunican «en red», tanto con los sistemas del organismo como con el propio entorno. Así, tras «interpretar» los datos que le llegan del mundo, crea la «realidad mental», la que vivenciamos, formada por imágenes «impresionistas» o «abstractas» que serán seleccionadas para ser archivadas en la memoria. Y en algún momento podrá volver a traerlas al mundo consciente, recordarlas.

¿Tiene el cerebro un funcionamiento «mecánico» semejante al de un procesador increíblemente sofisticado?

Sin lugar a dudas, dicho órgano muestra capacidades que ninguna máquina ha podido imitar: la de autoorganización propia de la materia viva; la del raciocinio y la intuición; la de sentir y comunicarse mediante el lenguaje simbólico; la de interpretar los datos no sólo matemáticamente, sino también poéticamente...

¿Se parecen las imágenes mentales a las que produce la técnica holográfica o alguna otra semejante?

Muchas características diferencian también el funcionamiento de la mente del que usa el modelo holográfico: las imágenes mentales se construyen con datos procedentes de muchas áreas cerebrales que se integran de forma unitaria (cada «huella» de la memoria contiene entonces sólo una parte de los datos); en cambio, las imágenes tipo realidad virtual formadas por la técnica holográfica difieren mucho de las imágenes mentales, pues parecen en relieve, como si estuvieran flotando en el espacio y pudiéramos casi tocarlas...

El propio Karl Pribram se planteaba un gran interrogante que no acertaba a responder: si las imágenes holográficas precisan necesariamente un espectador para ser contempladas, ¿«quién» mira las imágenes que produce el cerebro?; y se respondía interrogativamente: ¿algún «homúnculo» (hombrecito) situado dentro del propio cerebro? No tenía respuestas.

En este contexto, podríamos añadir otro interrogante: si la holografía produce imágenes virtuales de objetos reales mediante un foco de luz, ¿cómo son esos «objetos» reales que holografaría nuestro cerebro y qué foco utiliza para formar dichas imágenes? Esos interrogantes podrían aplicarse igualmente a la perspectiva holográfica de la realidad que sostenía David Bohm. Y también a la propuesta de otros autores, como Terence y Dennis Mc Kenna, que plantea-

ban la posibilidad de que el ADN trabajara con principios holográficos.

La perspectiva holográfica de la realidad mental parece llevarnos hacia un paradigma antiguo: el del mito de la caverna planteado por Platón. Es decir, que la realidad que perciben nuestros sentidos no sería otra cosa que sombras o proyecciones de objetos reales (como las que produciría un foco de luz exterior en la «pantalla» de una cueva por delante del cual pasaran dichos objetos reales, tal como plantea el mito platónico).

En ese caso, si estuviéramos viviendo en una realidad imaginaria producida por un engaño de nuestros sentidos, sea de holografías o de sombras, cabe plantearse otro gran interrogante: ¿«quién» organiza entonces todo ese mundo de objetos reales y sus correspondientes sombras?, ¿el gran demiurgo, la causa eficiente del orden del mundo según Platón?, ¿algún omnipotente dios? Parece que la perspectiva holográfica de la mente humana aporta más preguntas que respuestas.

Quizá el interrogante planteado por Karl Pribram esté relacionado con una fundamental diferencia entre el ser humano y una máquina: la conciencia, esa capacidad única que nos permite percibir el mundo que nos rodea, así como nuestros propios procesos mentales. Hoy por hoy ninguna máquina, sea ordenador, hológrafo, robot o cualquier otra, puede tomar

conciencia de sus propios procesos y mucho menos autoorganizarse. Todas precisan ineludiblemente de la mirada experta de un ser humano para poder funcionar. Una mirada con conocimiento, con «ciencia»: la mirada de la conciencia humana, de la autoconciencia.

¿Será entonces la conciencia la respuesta a lo que Karl Pribram buscaba? ¿Será ése el elemento constitutivo más inicial de lo mental, la «primera mirada» desde donde se edifica el mundo mental de imágenes?

Poder entender ese momento decisivo del nacimiento de la conciencia humana será el próximo paso que me propongo realizar.

IX

La primera mirada

¿Cómo fue el amanecer de nuestro mundo? ¿Cómo despuntó lo humano en la Tierra? ¿Qué difícil imaginar esos tiempos iniciales en que una especie habitante de nuestro planeta se fue haciendo humana! Y aun más si cabe, traducirlos en imágenes, intento realizado con mayor o menor fortuna por numerosos cineastas.

Hace ya mucho tiempo pude contemplar una película titulada *Hace un millón de años*, que intentaba reflejar ese tiempo prehistórico; y recuerdo también a su hermosa heroína, creo que era Raquel Welch, aunque el atuendo de piel de oso de dos piezas que llevaba me pareció muy fuera de lugar. Creo mucho más acertada la imagen simiesca de esos primeros homínidos que muestran otras películas, como *En busca del fuego*, una película francesa que describía de forma mucho más creíble la gran dureza de aquella vida prehistórica, con sus protagonistas vistiendo andrajosamente, luchando ferozmente por conservar el fuego que portaban en una antorcha y comunicándose rudimentariamente por medio de gruñidos y gestos.

Una de las recreaciones más acertadas de este remoto pasado, que a la vez trata también del lejano futuro, es *2001, una odisea en el espacio*. Esta película, estrenada casi en el mismo año de la llegada del hombre a la luna, 1969, fue el resultado de cuatro años de estrecha colaboración entre Stanley Kubrick, el director, y Arthur C. Clarke, reconocido autor de ciencia ficción.

La he visto varias veces y siempre he vuelto a sentirme fascinado por sus extraordinarias escenas iniciales, que nos muestran un amanecer de la prehistoria, lo que fue el alba del mundo. Como si la cámara hubiera viajado a través del tiempo, podremos observar la vida cotidiana de una colonia de simios prehumanos, con sus dificultades para sobrevivir y sus igualadas luchas con otros semejantes. Hasta que sucederá algo inesperado: cerca del lugar donde habitan encuentran un monolito rectangular de color negro que cambiará radicalmente su existencia.

El monolito se irá comunicando de tanto en tanto, sin que sepamos bien la finalidad, con la tribu de homínidos. Bajo la influencia hipnótica y misteriosa de su potente vibración metálica, aprenderán a usar sus objetos cotidianos como instrumentos y a servirse de ellos como nuevas armas para lograr sus primeras batallas victoriosas. Sabremos así que han iniciado el largo aprendizaje de la humanización.

Y de pronto, en un instante único, el cineasta nos transporta al futuro más evolucionado mediante una de las más geniales elipsis de la historia del cine, un prodigioso salto en el tiempo que deja al espectador casi sin aliento. La escena es de una increíble simplicidad: el fragmento de un hueso golpeado por uno de esos simios prehumanos sale disparado hacia el cielo volteando sobre sí mismo hasta que, ¡oh prodigio!, se transforma en una estación espacial girando al son del vals *Al bello Danubio azul* de Richard Strauss.

En un solo instante se ha proyectado frente a nosotros toda la evolución humana, desde su remoto pasado de homínidos con pocos recursos de supervivencia hasta un utópico futuro de grandes avances tecnológicos, que se muestra en esa estación espacial cercana a la Luna que goza de todas las comodidades y está dotada de una avanzada tecnología. La genialidad de Stanley Kubrick, y quizá de Arthur C. Clarke, es no haber necesitado apenas imágenes para que lo entendamos.

Ambos autores ponen el acento de la humanización en el uso de instrumentos. Así, al saber usar ciertos elementos de su entorno —piedras, palos, huesos y el propio fuego— con nuevos fines, los primeros homínidos habrían aprendido a cazar, alimentarse, protegerse y comunicarse mucho mejor que antes.

La ciencia antropológica ha propuesto la suma de varios factores como origen de la humanización:

la bipedestación, que permitió liberar los brazos y las manos con finalidades instrumentales; la modificación del pulgar para su rotación y oposición a los demás dedos para facilitar la manipulación; la utilización del lenguaje hablado gracias a ciertas modificaciones del aparato vocal y de la corteza cerebral; una mayor permanencia del organismo humano tras su nacimiento en estado de inmadurez (neotenia), lo que habría favorecido el crecimiento cerebral y el lento proceso de los aprendizajes hasta el tiempo de la maduración sexual, muy tardía respecto a las demás especies...

Según esos estudios antropológicos, la principal modificación de la humanización se habría producido en el cerebro de esos homínidos. El gran desarrollo de la corteza cerebral, y en especial la aparición de nuevas áreas corticales, como por ejemplo las de Broca y Brodmann relacionadas con la comprensión y la expresión del habla, habrían posibilitado las funciones propias del mundo mental y de la cultura humana: la comunicación verbal (y más adelante escrita), el pensamiento racional abstracto, la planificación de conocimientos, la expresión de sentimientos elaborados...

Ese proceso de humanización supuso la realización de un larguísimo trayecto que los descubrimientos antropológicos han determinado hasta cierto punto, al considerar que se habría iniciado en un sólo linaje de primates, convertidos gradualmente en homí-

nidos por la bipedestación y el uso de instrumentos (que también habría convertido su alimentación herbívora en carnívora). Este ingente desarrollo habría empezado hace unos 4 o 5.000.000 de años y se habría gestado en África y Asia, implicando la siguiente cadena evolutiva de especímenes: primero los *Australopithecus*, luego el *Homo habilis* y finalmente el *Homo erectus*.

Uno de los descubrimientos antropológicos más famosos es el de una hembra de *Australopithecus afarensis* de más de 3.000.000 de años en un yacimiento de Etiopía, a la que pusieron por nombre *Lucy*. Esa homínida caminaba erguida, en grupos de varios miembros y poseía un cerebro equivalente a un tercio del cerebro del ser humano actual. No conocían el fuego y su alimentación era todavía herbívora. Se ha logrado incluso reproducir su cara mediante imágenes de tres dimensiones producidas con láser y computador.

De la especie *Homo* habrían partido dos grandes líneas evolutivas para llegar hasta el humano actual. Una línea evolutiva habrían sido los *Neandertales*, que vivieron en Europa desde hace unos 200.000 o 300.000 años hasta su extinción hace 30.000, y que se distinguían por varias características prehumanas: uso de instrumentos para cazar, capacidad de pintar, manejo del fuego, cierto pensamiento abstracto, lenguaje gutural, realización de ritos funerarios....

La otra línea evolutiva habrían sido los hombres de *Cromagnon*, el *Homo sapiens sapiens* con capacidad de autoconocimiento, que habrían llegado a Europa pocos miles de años antes de la desaparición de los neandertales —se dice que quizá causaron su extinción por enfermedades que portaban o luchando contra ellos— y cuyas características ya humanas les mantuvieron sin grandes intermitencias hasta hoy (lenguaje más elaborado, mayor desarrollo cultural e instrumental, creencias mágicas, etc.).

La humanización convirtió a un ser que se guiaba básicamente por sus sentidos y sus capacidades motoras (habilidades manuales, gran capacidad intuitiva, pensamiento muy rápido y concreto, lenguaje gestual y gutural, tendencia a la acción impulsiva, vida nómada...) en un ser que se comunicaba mediante símbolos con sus semejantes (lenguaje simbólico) y que usaba el razonamiento para descubrir el mundo (habilidades mentales, pensamiento lógico y abstracto, tendencia a la reflexión y elaboración mental, vida sedentaria en cuevas..). Así cambió profundamente su antiguo linaje de especie simiesca, y también así iba a modificar la propia faz de la Tierra.

Durante el prolongado tiempo que siguió, desarrolló la agricultura, la ganadería, el uso de metales (cobre, hierro...), el comercio, la construcción de hábitats propios y hasta ciertos elementos arquitectónicos simples de tipo religioso. Finalmente, hace unos

4.000 o 5.000 años, apareció por vez primera lo que serían ya grandes civilizaciones, como la de los sumerios, que se caracterizarían por sus grandes innovaciones culturales: construían grandes ciudades, se comunicaban por medio del lenguaje escrito, poseían ejércitos, desarrollaron la astrología y la medicina, realizaban cultos y ritos religiosos en sus templos... Además, inventaron la rueda, la escritura cuneiforme y el primer calendario (y, más tarde, la moneda y el arado).

¿No resulta asombroso ese primer calendario sumerio construido a partir de datos astronómicos de las fases lunares? ¿Cómo lo consiguieron? Quizá aquel antiguo homínido, a medida que iba desarrollando la capacidad de usar el pensamiento simbólico-abstracto, pudo ir creando trabajosamente la dimensión humana del Tiempo —las horas, los días y los años, el pasado y el futuro...—, una cronología que discurriría para siempre más en un plano paralelo al de los ritmos de la Naturaleza.

Esas nuevas civilizaciones, tan diversas como la egipcia, la griega y tantas otras que vendrían después, tenían pues rasgos claramente parecidos a los de una sociedad humana actual: núcleo familiar, división del trabajo, clases sociales, dinastías reales y castas de sacerdotes, recursos tecnológicos avanzados...

¿Cómo pudo crearse la compleja cultura humana tan rápidamente, evolutivamente hablando? Había transcurrido relativamente poco tiempo desde

los inicios de la humanización de aquellos homínidos que luchaban por su subsistencia en inferioridad de condiciones con otras especies —y durante gran parte de este tiempo se habían desarrollado pocos cambios—, cuando se muestran capacitados para dominar la Naturaleza y su propia naturaleza sin demasiadas diferencias con el humano actual.

Dos grandes líneas del pensamiento han ofrecido una explicación. Los *creacionistas* creen que Dios dio a luz el mundo y sus habitantes con una conformación muy parecida a la actual en el breve espacio de tiempo de la Creación, como se puede leer en el Génesis de la Biblia; mientras, los *evolucionistas* consideran la humanización fruto de una larga y lenta evolución de millones de años, tal como lo planteó Charles Darwin, demostrada palpablemente por la antropología.

La controversia entre creacionistas y evolucionistas sigue hoy muy presente, aunque haya científicos como John Mc Intyre que plantean una perspectiva que combina ambas concepciones, la evolucionista y la teológica del origen divino; en este mismo sentido, otros autores, como el filósofo Stephen Meyer, afirman que la Creación sería el resultado de un «diseño inteligente» dirigido por el propio Dios (aunque entonces quedaría por saber cuándo infundió alma a su más conseguida criatura, el ser humano).

Charles Darwin planteó su hipótesis sobre el origen de las especies como resultado de un prolongado trabajo de campo realizado durante un viaje a varios países del mundo a bordo de un velero bergantín llamado *Beagle*. Primero observó minuciosamente numerosas especies de varios lugares de América del Sur y Oceanía, observando los caracteres que se habían fortalecido, los que casi habían desaparecido, así como la ausencia de formas de transición entre especies que atribuyó a su estado fósil.

A su vuelta, tras veinte años de preparación sin salir ya de su Inglaterra natal, publicaría su célebrimo libro titulado *El origen de las especies*, en el que intentaba demostrar con numerosos ejemplos de especies animales, exceptuando la humana, que la vida había seguido un lento proceso evolutivo desde lo más simple a lo más complejo.

Finalmente, doce años después del anterior, publica su libro más polémico, *El origen del hombre*, en el que ya se atreve a considerar al ser humano como un mamífero igual a otros, que provendría directamente de simios cuadrumanos africanos y cuya mayor diferencia con ellos sería el habla, la creencia en Dios, el razonamiento y la concepción moral. Por aquel entonces aún no se habían producido los más relevantes descubrimientos de fósiles de homínidos que confirmarían hasta cierto punto su teoría.

Cabe mencionar que mucho antes, en el mismo año del nacimiento de Darwin, un naturalista llamado Lamarck ya planteó una teoría de tinte evolucionista, muy cuestionada en su tiempo, que se adelantaba evidentemente a la propuesta darwiniana, aunque no llegaba tan lejos en sus propuestas. Proponía que las variaciones de una especie serían debidas a varios factores: la autoorganización que tiende al perfeccionamiento, fortifica los elementos útiles y deja en desuso los que no lo son; las nuevas necesidades generadas por cambios ambientales; y la transmisión hereditaria de dichas transformaciones.

La teoría evolucionista, bastante aceptada hoy en medios científicos aunque todavía sometida a cuestionamiento, parecería resolver el enigma de los orígenes humanos y sólo necesitaría nuevos descubrimientos de fósiles para ser confirmada del todo. Aunque deja irresuelto el enigma de la propia evolución: ¿actúa ésta azarosamente, «eligiendo» aleatoriamente sus pasos, o sigue algún plan predeterminado? Además, siendo tan lenta en sus transformaciones, para las que ha precisado millones de años, ¿cómo entender el gigantesco salto evolutivo de aquella especie de homínidos simiescos comparativamente muy simple en su organización y sus capacidades respecto del humano actual?

Hay muchas características de la evolución humana, especialmente las morfológicas debidas a cam-

bios ambientales, que resultan coherentes desde el punto de vista evolutivo y se justifican por criterios adaptativos. Otras, sin embargo, resultan más enigmáticas, más difíciles de entender evolutivamente hablando. Citemos dos ejemplos: la aparición de la autoconciencia, la toma de consciencia de sí y del mundo; y el de la conciencia moral, que reglamenta y delimita los propios instintos.

¿Cuándo y cómo surgió la autoconciencia en aquel antiguo homínido? ¿Cómo y cuándo empezó a reflexionar sobre sí mismo y tomó conciencia de su mundo mental? ¿Cómo pudo gestar el lenguaje simbólico y llegar a formar abstracciones? ¿Por qué tuvo que interrogarse sobre el sentido de su existencia y sobre el artífice de su creación? ¿Cuáles fueron los motivos de tan decisivos cambios para su futura evolución? ¿Respondían éstos a necesidades adaptativas de aquel momento? Cuán difícil resulta responder a estas preguntas.

Quizá una causa fuera la modificación de su hábitat, pasar de una vida ambulante propia de su lugar de origen a una vida sedentaria en cuevas y otros lugares parecidos. Entonces posiblemente esos homínidos empezaron a mirarse unos a otros, tomaron conciencia de sus semejantes y luego de sí mismos. Quizá fuera en ese hábitat donde sacó a la luz por vez primera sus imágenes mentales, usando las paredes de las cuevas como «pantalla» para representar a sus

semejantes y los animales que cazaban; y así, quizá, pudo tomar conciencia de su propio mundo interior.

O quizá fuera el uso del lenguaje simbólico lo que posibilitó que esos homínidos se nombraran entre ellos y se nombraran a sí mismos, y que pudieran nombrar los objetos del mundo y sus propios «objetos» mentales. De este modo, muy paulatinamente, y en el último período, pudieron crear narraciones de su mundo representadas por «personajes» humanos o míticos, primero orales, luego representadas por imágenes, y mucho más adelante escritas.

¿Fueron éstos u otros motivos los que consiguieron que aquel antiguo homínido tomara conciencia de sí, y su primigenia conciencia sensorio-motora se transformara gracias a la capacidad de usar símbolos y abstraer en autoconciencia? Sin embargo, no parece que ninguno de esos factores sea suficientemente decisivo: antes hubo muchas especies que cambiaron su hábitat o que mejoraron sus formas de comunicación sin que llegaran a producir ningún salto evolutivo de tal magnitud.

¿Y la conciencia moral? ¿Qué les condujo a ser la única especie que reglamenta y prohíbe sus instintos, y siente culpa por ellos? Si durante gran parte de la humanización aquellos homínidos se guiaban por sus instintos naturales, tanto agresivos, sexuales como de otros tipos, sin tabú ni prohibición alguna, ni tan siquiera hacia sus semejantes, como lo demuestran

ciertos hallazgos de la antropología, ¿qué «nuevas necesidades» condujeron a la imposición de reglas y límites a sus impulsos más poderosos? ¿Qué motivó tan crucial cambio?

Quizá en algún momento, por imperativo de los jefes de los clanes o por limitaciones estrictas del nuevo entorno, precisaron imperiosamente instaurar códigos y normas a los instintos. Quizá el relato bíblico de los diez mandamientos u otros parecidos de culturas primitivas constituyen una explicación mítica de la génesis de la ley moral. O quizá haya otras explicaciones...

En cualquier caso, cabe considerar un ingente «esfuerzo evolutivo» que una especie haya pasado de regirse por las reglas de la Naturaleza a reglamentarse a sí misma según estrictos códigos morales. Y aún más: esa antigua especie de homínidos, propiamente humana ya, no sólo reglamentó los antiquísimos instintos animales, sino que al mismo tiempo los desarrolló hasta extremos insospechados mediante su tecnología, como se trasluce claramente con numerosos actos agresivos y guerreros, tanto hacía sí como hacia sus propios semejantes.

¿Qué «motivos» justifican la aparición de la autoconciencia y dichos desarrollos de la conciencia moral? Los creacionistas dirían posiblemente que son resultado directo de la intervención divina y que justamente la demuestran, aunque la «maldad» sea atri-

buida tan sólo al propio ser humano; mientras, los evolucionistas asegurarían que esas modificaciones son el resultado de la propia evolución y de la necesaria adaptación de aquel homínido al terrible entorno del Paleolítico Superior, y que la ciencia algún día podrá explicar dichos saltos evolutivos.

Hoy por hoy, más allá de las creencias y los estudios científicos, el surgimiento de la «primera mirada» propiamente humana, la autoconciencia moral, sigue constituyendo un enigma irresuelto de los orígenes. ¿Quizá un hipotético «túnel del tiempo» nos permitirá algún día observar directamente ese mítico instante inicial donde surgió dicha conciencia humana? ¿Quizá el análisis del ADN, donde se inscriben los «planes de la vida», resolverá dicho enigma? Hoy por hoy sólo podemos esbozar hipótesis.

¿Cabe incluso pensar que interviniera «algo» desconocido en ese tiempo originario? Y en el caso de que fuera así, ¿en qué consistió? La Ciencia no nos da respuestas. Y los supuestos hallazgos de «huellas» de la intervención de inteligencias extraterrestres en los orígenes de las grandes civilizaciones se quedan en meras hipótesis. Sólo queda entonces lugar a las creencias, religiosas o de cualquier otro tipo. Pues ese «algo», en el caso de existir, es indemostrable.

El libro *2001, una odisea espacial* de Arthur C. Clarke plantea una hipótesis conjetural sobre ese «algo»: fueron seres extraterrestres pertenecientes a

una avanzadísima cultura, que hoy vagan por otras dimensiones del espacio y el tiempo, transmutada su antigua materia en pura energía, los que estimularon el cerebro del mono por medio de las transmisiones del monolito. Y lo explica con una lógica más comprensible que las secuencias correspondientes de la película, un torbellino de imágenes en negativo y con irreales colores que desafían nuestra capacidad de comprensión.

La película de Stanley Kubrick nos muestra, a partir de la secuencia antedicha de una estación lunar girando a ritmo de vals en el espacio, que la avanzada civilización humana del año 2001 ha encontrado en la superficie de la Luna un monolito semejante al de los homínidos. Para descubrir el enigma del origen de sus transmisiones, necesitará mandar una gigantesca nave espacial llamada *Descubrimiento* más allá de los confines de nuestro sistema solar, hasta las inmediaciones de las lunas de Saturno.

Será entonces cuando el único astronauta superviviente de numerosas desventuras se encontrará con una gran losa vertical flotando en el espacio semejante al negro monolito hallado en la Luna. Y por el guión del libro sabremos que se encuentra ante «la puerta de las Estrellas», un ingenioso «conmutador cósmico» para «entrar» en otras dimensiones. Y así, tras vagar por un inconcebible espacio de grandes soles rojos y estrellas situado a años-luz del Sistema Solar, en el que

percibirá restos de lo que fue aquella avanzadísima civilización, experimentará una «regresión» que le llevará hasta los orígenes de su propia vida y a conocer la misión que le ha sido encomendada.

¿Podemos creer en la existencia, planteada incluso por científicos de renombre, de otras dimensiones que se ocultan a nuestra mirada? ¿Los avances tecnológicos nos permitirán algún día una aventura semejante a la de la nave *Descubrimiento*?

No parece que de momento podamos alcanzar tamaño logro espacial, pues ningún organismo terrestre, ni tampoco el evolucionado organismo humano, está dotado de las necesarias capacidades para alejarse demasiado de su hábitat natural, la Tierra, ni para sobrepasar sus límites temporales de vida. Además, las distancias que se deberían recorrer son casi insalvables hoy por hoy, y se requieren costosísimos y complejos sistemas para realizar viajes espaciales muy acotados. Por otro lado, la posibilidad de entrar en otras dimensiones del tiempo y del espacio, tal como plantea la película, resulta en este momento únicamente plausible como tema de ciencia ficción.

La mirada humana surgió en un remoto momento de la evolución de la materia viva. Y bajo su impulso ha logrado transformar una Naturaleza cuyos secretos ha conseguido descubrir, aunque sólo hasta cierto grado. Cuando, al modo de un «pequeño dios», logre aventurarse más allá de los límites que le impone

su naturaleza originaria, ¿qué «evolución» seguirá?, ¿qué le aguarda? ¡Cuán difícil resulta imaginarlo!

Y antes de que surgiera esa primera mirada humana, ¿qué hubo?, ¿cómo surgió justamente la vida?

Ése será el próximo paso que me propongo en esta investigación.

Génesis

Cuenta la leyenda que Miguel Ángel, tras terminar su estatua del Moisés, asombrado por la perfección de las formas que había creado, golpeó con su cincel la rodilla de aquel ser de mármol y le instó a que se moviera.

Hace ya muchos años tuve la ocasión de contemplar de cerca esa estatua en una pequeña iglesia de la ciudad de Roma. Creo incluso que llegué a tocar el legendario mármol que la conforma. Entendí entonces el gesto de aquel gran escultor. La expresividad de las facciones del caudillo israelí, la severidad de su mirada, los músculos tensos... insinuaban claramente los movimientos que parecía presto a realizar.

Quizá aquel incomparable artista del Renacimiento quiso jugar al modo de un dios con la posibilidad de animar de vida la materia inerte. Su interés por ese poder supremo se demuestra también en la magna obra pictórica que realizó en la Capilla Sixtina, donde plasmó la creación divina del mundo en hermosos frescos, inmortalizando ese instante crucial del Génesis bíblico en que el dedo índice de Dios contacta con

Adán, el primer hombre, transmitiéndole la vida sin apenas rozarle.

Durante gran parte de la historia de la Humanidad, la intervención de Dios ha sido la principal explicación de la creación del mundo y del ser humano. La potestad de dar vida ha sido atribuida a la omnipotencia divina desde los orígenes más remotos de la civilización, tanto por parte de las religiones monoteístas como de las politeístas, lo que se puede constatar en numerosos relatos que han llegado hasta nosotros.

Así se manifiesta en la Biblia, principal texto de los primeros tiempos, que trata básicamente de la compleja relación entre Dios y el ser humano. El primero de sus libros, el Génesis, llamado también «libro de los orígenes», describe la Creación del mundo por obra de Dios. Las palabras que abordan el instante más inicial del mundo han llegado hasta nosotros con todo su poder evocador:

«En el principio, Dios creó el cielo y la tierra. La tierra era caótica y desolada, las tinieblas cubrían la superficie del océano, y el espíritu de Dios planeaba encima de las aguas.

»Y Dios dijo: que exista la luz.

»Y la luz existió...»

Tras ese instante originario, un día tras otro Dios lleva a cabo la Creación: la del firmamento, la de los continentes, la del Sol y las estrellas, la de los primeros seres vivos, la de los animales de todo tipo,

incluidos los domésticos. Hasta que, en el sexto día, gesta al primer hombre, Adán, le infunde el aliento de vida y lo deposita en el Edén, el paraíso originario, donde pronto tendrá una compañera, Eva, que será a su vez la primera mujer. Al llegar el séptimo día, satisfecho de su ingente obra, el divino hacedor descansará.

Parece ser que la Biblia se empezó a redactar unos 1.000 años antes de Cristo, a partir de relatos que se habían transmitido oralmente. Una compleja y lenta elaboración permitió configurar el texto que actualmente conocemos. Cabe preguntarse: ese bello relato del Génesis, ¿es tan sólo un mito sobre los orígenes construido por la mente humana en aquellos lejanos tiempos o bajo su forma de mito expresa el mensaje directo del propio Dios sobre su Creación?

La concepción de un Ser todopoderoso que crea el mundo de la Nada se encuentra en todas las civilizaciones bajo múltiples formas. Ese Ser supremo, en algunas culturas más distante, en otras más cercano, a veces múltiple, tiene el atributo exclusivo de crear vida. Eternamente existente, es el origen y el fin de todo.

El pensamiento de la Antigüedad está muy impregnado por esa concepción. Así, el gran Aristóteles, uno de los principales filósofos griegos, planteaba la existencia de un Primer Motor inmóvil, eterno e inmaterial, que sería la causa organizadora y motriz

de todo el Universo, entendiendo que ningún ser vivo puede ser capaz de ser su propio motor de vida. La concepción aristotélica del mundo describe la Tierra fija en el centro del Universo, rodeada a su vez por cincuenta y siete esferas celestes.

La perspectiva geocéntrica y esferiforme del mundo fue perfeccionada por Ptolomeo, astrónomo egipcio, que con sus cálculos astronómicos situaba definitivamente la Tierra en el centro del Universo, rodeada por siete esferas concéntricas, cada una de las cuales contendría el Sol, la Luna y los planetas, y una octava esfera donde estarían las estrellas fijas. Este sistema esférico y cerrado, que tiene su punto central permanente en la Tierra, marcará de aquí en adelante la perspectiva de la mirada científica del mundo.

Más allá de la concepción geocéntrica, que sitúa nuestro planeta en una posición central del Universo creado, el gran esfuerzo de la ciencia en la Antigüedad consistirá en descubrir y calcular las exactas leyes que regulan el mundo, tanto los movimientos de los astros como el de los cuerpos, incluido el humano. Numerosos pensadores, como los pitagóricos o los atomistas por citar algunos, aun sin contar con los necesarios instrumentos, porfían por describir el orden del mundo, del Cosmos.

Fuera de este orden material plausible de ser analizado y medido (matemáticamente incluso), y en una «posición exterior», por decirlo de alguna ma-

nera, se encontraría Dios o el Primer Motor, un Ser eterno e inmortal que ha originado el mundo y las reglas que lo organizan. Tan sólo el alma podría participar de ese orden espiritual y divino ajeno a las leyes materiales, ya que conectaría con el Creador tras la muerte física del cuerpo.

Las concepciones sobre el mundo de la Antigüedad, que seguirán manteniéndose en cierta manera a lo largo de toda la Edad Media, tienen a Dios o a ese Primer Motor como centro originario de un Universo estático y esférico, regulado por leyes exactas y determinadas. En cierto sentido, podríamos decir que son «teocéntricas» (Dios como «centro» creador del mundo).

Con la llegada del Renacimiento, numerosas concepciones sobre el mundo y el ser humano se verán decisivamente renovadas, en tanto los investigadores de esta época disponen no sólo de innovadoras perspectivas, sino también de nuevos instrumentos, como el telescopio y el microscopio. Así, la milenaria perspectiva geocéntrica y esferiforme de Ptolomeo terminará por dejar paso a la osada afirmación que Nicolás Copérnico sustenta con precisas mediciones astronómicas: son la Tierra y los planetas los que giran alrededor del Sol, que se mantiene fijo en el centro del Universo (heliocentrismo). Su idea será muy pronto confirmada por las observaciones que realiza Galileo con su telescopio, que ha sorprendido a sus contem-

poráneos al describir con precisión la superficie del Sol, las montañas de la Luna y los astros que no son visibles para un simple observador, así como los desconocidos satélites que existen en la órbita de Júpiter. El atrevido astrónomo confirma con sus hallazgos lo que llama «lenguaje matemático de la Naturaleza».

La nueva perspectiva del mundo se irá completando con otros descubrimientos científicos que caracterizarán este período de revolución científica. Por un lado, varios físicos y astrónomos describen mucho más afinadamente que antes el funcionar del entonces ignoto Sistema Solar. Así, Kepler romperá con la arraigada visión esferiforme, demostrando en los postulados de sus tres leyes que las órbitas de los astros son elípticas; Newton describirá la ley de la gravitación universal que permitirá comprender mejor dichas trayectorias; Laplace muestra con sus mediciones la estabilidad del sistema planetario; Herschel avanza la futura perspectiva de que es todo el sistema solar el que viaja por la Galaxia...

A la vez, también la ciencia se adentra en las profundidades del organismo humano merced a los nuevos instrumentos de la medicina y la porfiada labor de ilustres anatomistas, lo que trae consigo que salgan a la luz aquellos sistemas del organismo que hoy nos resultan tan familiares. William Harvey describe la hasta entonces desconocida circulación de la sangre, mostrando pormenorizadamente el funcionar del com-

plejo sistema circulatorio y del corazón, el órgano central impelente del flujo sanguíneo. Miguel Servet ya lo había anticipado tiempo antes, aunque sólo en cierta medida. A partir de este momento, muy paulatinamente, la medicina porfía por conocer y describir los demás sistemas de dicho organismo, aunque el sistema nervioso tardará aún dos siglos en mostrar la intrincada textura que lo conforma.

No resulta nada extraño que esa era del Renacimiento sea la de la construcción de perfeccionados aparatos dotados de engranajes mecánicos, resortes y automatismos, como se puede observar en el campo de la propia medicina, la relojería, la náutica y otros. Poder crear ingenios mecánicos que funcionan con exactitud matemática refuerza todavía más la concepción mecanicista de la Naturaleza, de la «*machina Mundi*», con sus leyes determinadas plausibles de medición. Así lo expresa el que muchos consideran principal pensador de ese tiempo, René Descartes, con su doble perspectiva, el llamado dualismo cartesiano: el cuerpo, «máquina de tierra», poseería un funcionamiento mecánico y automático; mientras, el alma se manifestaría por el Yo pensante y que siente, y formaría parte de un nivel espiritual diverso al del cuerpo.

Queda así plenamente establecido el paradigma mecanicista. La Naturaleza y todos los seres vivos, incluido el organismo humano, poseen un funcionamiento mecánico y regulado por estrictas leyes que la

matemática puede determinar. Más allá, situado en otro orden, está Dios, supremo organizador y creador de vida, que genera y reglamenta el movimiento del conjunto del Universo (perspectiva que entendemos como «teocéntrica»).

La mayoría de los investigadores sostienen esta concepción de un Universo mecánico impulsado esencialmente por Dios. Habrán logrado modificar radicalmente algunas concepciones de la Antigüedad fuertemente enraizadas, se habrán atrevido a indagar en recónditos territorios de la Naturaleza que permanecían en secreto, pero mantienen incólume la perspectiva de Dios como «centro» vital de la Creación: Copérnico habla del «Hacedor del Universo»; Kepler del «Artista Supremo»; Newton del «Pantocreátor», el Primer motor, que está en todos los lugares; Descartes del «Gran Geómetra», causa primera del movimiento del mundo, garantía última de las leyes que lo gobiernan...

Son muy escasos los pensadores de esa época que se atrevan a plantear otras posibilidades. La antigua perspectiva del mundo resulta intocable, férreamente defendida por la Iglesia cristiana y por la Inquisición, cuya alargada sombra no teme penetrar en los espacios de la Ciencia. El propio Napoleón mostrará su extrañeza a Simón Laplace por haberse permitido eliminar de su concepción lo que dicho astrónomo denomina «hipótesis del Creador», y que sólo hable

de una naturaleza autodeterminada, completamente autosuficiente. Otros no tuvieron antes tanta suerte, como fue el caso de Giordano Bruno, monje y místico, que entre otras audaces ideas había expresado la del Universo infinito, sin centro fijo alguno, con todos los astros en movimiento y con la posibilidad de poseer vida como la Tierra; algunas de esas ideas le llevaron a ser condenado a la hoguera por hereje.

Ya en el siglo XVIII, la Naturaleza mostrará algunos de sus desconocidos fenómenos a los tenaces investigadores (así, los de la electricidad, del magnetismo, de la óptica y la acústica, etc.). Surgirán nuevas disciplinas que vendrán a sumarse a tamaña aventura de la investigación (como la genética, la química, la botánica o la geología). Y con los nuevos instrumentos tecnológicos se podrán medir las funciones del organismo (oftalmoscopio, termómetro, rayos X...). Reseñemos tan sólo las dificultades de Linneo, el gran clasificador de los seres vivos, fundador de la botánica rigurosa, que intentó sostener durante tiempo la teoría de la fijeza inmutable de las especies creadas por Dios, para aceptar finalmente que estaban sujetas a transformaciones y cambios.

Tras tanto indagar en la Naturaleza, en el siguiente siglo XIX la Ciencia conseguirá emularla y hasta superarla. Así, en el contexto de la Revolución Industrial creará numerosos ingenios y máquinas que revolucionarán el mundo: unas fabrican productos

naturales, como la máquina de hilar; otras son ingeniosos utensilios que usan la electricidad (la bombilla y la pila eléctricas); y otras se autopropulsan con energías de la propia Naturaleza, como la máquina de vapor o el motor de combustión interna (los primeros automóviles iniciarán su andadura en las postrimerías de este siglo).

El ser humano se ha convertido en un «creador» de sistemas mecánicos autoorganizados a los que puede conferir movimiento. Ya es un «dios» capaz no sólo de crear, sino también de dar movimiento a sus «creaciones», aun sean de tipo artificial. Pronto querrá imitar a la Naturaleza en la capacidad de gestar materia viva. Pero necesita todavía conocer algo mucho más decisivo: sus propios orígenes y su desconocido mundo mental. Entonces podrá ir más allá de las fronteras que habían detenido su avance.

Serán tres renombrados investigadores de este mismo siglo XIX los que lograrán desentrañar la propia naturaleza del ser humano, poniendo en tela de juicio concepciones consideradas hasta entonces como verdades intocables. Desde entonces la mirada humana no será la misma.

Charles Darwin logra apejar al ser humano de su estatus de ser superior de la Creación, demostrando palpablemente que proviene de la evolución de otras especies; Sigmund Freud con su método psicoanalítico investiga las «profundidades» de la mente hu-

mana, donde las poderosas y aún desconocidas fuerzas de «lo inconsciente» subyacen fuera del alcance del Yo racional, la entidad consciente que creía dominar el mundo con su pensamiento racional; y Friedrich Nietzsche, tras anunciar la «muerte de Dios» y la necesidad de sobrepasar las limitaciones morales, propone situar el centro en el ser humano y en su ilimitado poder de transformación, al igual que en el poderoso flujo de vida de la Naturaleza que desconoce cualquier limitación.

El propio Freud citará en uno de sus artículos las tres revoluciones que habrían modificado la posición del ser humano en el mundo: la copernicana, que desplazó a la Tierra de su lugar central del Universo; la darwiniana, que hizo lo mismo con el ser humano; y la del psicoanálisis, que lo hace con el propio Yo consciente y racional.

Silenciosamente, de la mano de atrevidos investigadores, de corrientes científicas como el positivismo y de pensamientos radicales como el de Nietzsche, se va abriendo paso en el escenario científico una hipótesis que será motivo de escándalo en muchos ámbitos de la religión y de la propia Ciencia, pues erige un nuevo centro vital del Universo: la Naturaleza y, por extensión, el propio ser humano.

Frente al «teocentrismo», que coloca a Dios como «centro» creador y organizador del mundo, intangible y distante, y al ser humano como su criatura

privilegiada, surge ahora lo que podríamos denominar «naturocentrismo»: es la Naturaleza, el llamado «dios-naturaleza», la que se autocrea y autoorganiza perpetuamente sin necesidad de un Creador divino que le infunda vida y movimiento.

Pero entonces, ¿de dónde han surgido el Universo y los seres vivos que lo pueblan?, ¿la propia Naturaleza puede autoengendrarse, originar la vida que a su vez la constituye?, ¿no es eso mismo algo imposible de por sí? Son preguntas a las que aún no se sabrá cómo responder.

Llega en estos momentos el pensamiento humano a un punto crucial en su concepción del mundo y de sí mismo. Si no necesita de ningún Ser Supremo ni de su exclusivo poder creador, ¿por qué no podría suplantarlo? Dominar a su antojo la Naturaleza le ha despertado un anhelo inconcebible tiempo antes: crear vida sin ayuda divina. Hasta ese momento sólo un atávico temor había impedido que la Ciencia se aventurara en territorios reservados al omnímodo Ser Divino. Tampoco los avances científicos del siglo XIX permitían concebir tamaña osadía, que sólo se mostraba como trágico mito o producto de la ferviente imaginación de algún novelista.

A comienzos de ese mismo siglo XIX, una joven escritora llamada Mary Shelley había asombrado a propios y extraños con un relato surgido de una apuesta entre escritores en la mansión de verano de Lord Byron.

Se titula *Frankenstein*, y narra la trágica historia de un ser creado por la propia mano del hombre.

Se ha dicho de esa obra que viene a renovar la tragedia de Prometeo, el hijo de dioses que habría creado la civilización humana y robado el fuego a los propios dioses para entregárselo a los hombres, por lo que fue castigado con una espantosa condena. También el horrendo final del monstruo creado por la locura del doctor Frankenstein muestra el destino de aquellos que se atreven a imitar la exclusiva potestad divina de conferir vida a la materia inerte.

Recuerdo dos escenas de la película del mismo título, que fue filmada muchos años después y estuvo protagonizada por el legendario Boris Karloff. Una era aquella celda de aire tenebroso en que el joven doctor Frankenstein conseguía dar vida al monstruo que había formado con fragmentos de cadáveres humanos robados, aprovechando las descargas eléctricas generadas por una aparatosa tormenta; la otra, aquella que se iniciaba idílicamente a orillas de un lago, cuando el monstruo protagonista ofrecía tiernamente una flor a una niña de mirada ingenua, y que terminaba trágicamente tras quedar cercado por sus perseguidores.

La fantasía de la novelista no resulta tan inconcebible. La Ciencia ya se cree capaz de manejar las fuerzas de la Naturaleza y usarlas a su conveniencia. Hace ya tiempo que se conoce la energía eléctrica y que Benjamin Franklin sorprendió a sus conciudadanos

nos «robando» la chispa de electricidad que produce la Naturaleza en las tormentas. Se sabe también hace tiempo que ésa es justamente la energía que impulsa a los organismos vivos.

El siglo XX abre insospechados campos de observación por medio de innovadoras tecnologías que penetran en la más íntima textura de la materia viva. La Ciencia logrará saber entonces cómo dicha materia se autoorganiza y autorregula, la energía que utiliza para llevar a cabo sus funciones, y cómo son sus sistemas de autorreplicación.

Así, por un lado, la Ciencia va a descubrir el funcionamiento eléctrico de la intrincada red neuronal del cerebro y de su evolucionada corteza, el intrincado sistema que organiza y regula los sistemas del organismo, y que también posee especializados modos de comunicación con el resto del organismo y con el medio externo. La interconexión entre células nerviosas, ampliamente analizada por el microscopio del científico Ramón y Cajal, abre paso a la serie de descubrimientos que culminarán con el hallazgo de ciertos elementos neuroquímicos que usan dichas neuronas para «comunicarse» (los neurotransmisores), y que facilitan la conducción eléctrica neuronal. Precisamente, por el estudio y observación de la acetilcolina, una de las principales sustancias transmisoras, le fue otorgado el premio Nobel a Otto Loewi, su descubridor.

Por fin se muestra a la luz el privilegiado sistema capaz de crear imágenes mentales y recordar, de donde emerge la mente, la entidad inmaterial que durante tanto tiempo fue considerada de rango espiritual y divino. Muy pronto las prometedoras ciencias del comportamiento, como el conductismo, describirán la expresión motriz del mundo mental en las conductas y propondrán a la vez modos de modificarlas.

También se capta la gran importancia de la red social, la «estructura elemental» que con sus ritos y reglas envuelve al ser humano y le conecta con sus semejantes. Las modernas disciplinas de la psicología y la sociología, así como las nuevas perspectivas de las teorías sistémicas y de redes vendrán a complementar los estudios de campo que había llevado a cabo la antropología.

Todas estas diversas perspectivas sobre la mente humana logran describirla en toda su complejidad, y muestran su heterogéneo sustrato material, psíquico y social a la vez. La mente humana es el resultado entonces del «mundo interno» de las imágenes mentales y los recuerdos, de la actividad emergente de la red neuronal y su conexión neurotransmisora, y de la interacción con el mundo de sus semejantes. Todos ellos integran la compleja y diversa red de la mente humana, una entidad indetectable hoy por hoy por las sofisticadas tecnologías que permiten observar los demás sistemas del organismo humano.

Por otro lado, la Ciencia también indaga en la célula, el elemento funcional más básico del organismo. Así conocerá, entre otras cosas, sus modos de autorreplicación. Desde el siglo XIX ya se conocía su composición interna descrita por Theodor Schwann, y asimismo se habían observado los cromosomas, unas delicadas estructuras filamentosas situadas en su núcleo rector. Ahora, a inicios de este siglo XX, se ponen de relieve los genes, sus estructuras más elementales, y su principal papel en la transmisión de la herencia.

Tiempo después se describirán las proteínas que constituyen dichos genes, tanto el ADN, la estructura en doble hélice portadora de los «planes» de construcción de los organismos, como el ARN, la que le sirve de mensajero. A finales de siglo, la investigación genética logrará cartografiar los 100.000 genes de los cromosomas que guardan los «planes» para la formación del organismo y son responsables de los rasgos hereditarios de todo tipo, en especial los relacionados con la susceptibilidad a ciertas enfermedades.

El mundo científico, al modo de un osado Prometeo, ha conseguido adentrarse en los secretos de la creación y la reproducción de la vida. Y no tardará en comenzar, sirviéndose de las innovadoras técnicas de manipulación genética, la titánica tarea de crear vida artificial e intervenir en la reproducción de las especies. Finalmente, tras grandes controversias de tipo

moral en el seno de la propia comunidad científica, se planteará intervenir más osadamente que nunca en su propia especie, la humana.

El objetivo es descomunal: gestar materia viva con los recursos de que dispone y, muy especialmente, poder intervenir en los «planes» de reproducción del organismo humano. Numerosísimas investigaciones irán en este sentido: trasplantes, robótica, células embrionarias, fecundación *in vitro*, clonación, ingeniería genética... Cabe decir que dicho proyecto todavía está en ciernes y ofrece de momento importantes limitaciones técnicas.

Llega por fin el momento de dirigir la mirada al instante más originario y primordial: la creación de la vida. Sin embargo, la moderna perspectiva sobre la Naturaleza que ha eliminado el «teocentrismo» topa con un gran interrogante: ¿cómo se pudo originar la vida si no hubo ninguna intervención divina? El nuevo «Prometeo» investigador del siglo XX intentará entonces dilucidar las condiciones que permitieron el surgimiento más inicial de la vida, para intentar reproducirlas en su laboratorio experimental. Si consiguiera tamaño objetivo, quizá podría recrear la aparición de la vida.

Serán los físicos investigadores del Universo los que intenten averiguarlo. Así, en la primera mitad del siglo, Alexander Oparin plantea una hipótesis sobre «el origen de la vida» en un libro de igual título: la

progresiva complejidad autoorganizada y autodeterminada de la Naturaleza primitiva habría logrado por azar desarrollar unos elementos primordiales, los «coacervados», que habrían gestado materia viva tras combinarse entre sí y autoduplicarse. Este autor proponía reproducir este proceso en el laboratorio.

Pocos se atreverán con tamaño reto. Entre ellos destaca el biofísico Sidney Fox, que intentará «producir vida» a partir de los elementos que considera más primigenios, los «polímeros primordiales», recreando para ello las supuestas condiciones de extrema temperatura de la Tierra primitiva. Sin embargo, sus experimentos lograrán gestar moléculas más complejas, pero no reproducir la formación de vida.

Otros investigadores, como los del grupo que lideran Thomas Cech y Sidney Altman, han considerado la posibilidad de que el elemento primordial fuera el ARN, el «mensajero» del código genético, postulando que podría autorreproducirse tras acelerar al modo de una enzima la velocidad de sus propias reacciones. Sin embargo, tampoco este camino parece haber resuelto el interrogante sobre el surgimiento de la vida.

A mediados de siglo, el físico George Gamow propuso como origen del Universo y de la vida una hipótesis que contará con grandes defensores y parecidos detractores: la del Big-bang, que postula la gestación del Universo a partir de las partículas producidas

por la gran explosión de un «núcleo» elemental de materia de gran densidad que, sometido a temperaturas altísimas, habrá ido desarrollando los diversos universos existentes en su constante e ilimitada expansión. El astrónomo Edwin Hubble demostró, mediante potentes telescopios que observaban galaxias situadas a años-luz de distancia, que el Universo está expandiéndose a increíbles velocidades y de forma acelerada (algo que hasta ahora no ha podido ser explicado por la Ciencia). Incluso se habla en algunos medios científicos de que en los orígenes de la formación del Universo pudiera haber existido una velocidad superior a la de la luz.

Otras hipótesis han propuesto la posibilidad de que la activación de la materia primordial y del ADN fuera debida al choque de un cometa proveniente de la época en que se formó el sistema solar. Ese brutal contacto habría podido producir las condiciones de temperatura óptimas para iniciar la vida. Luego, hace 3.600 millones de años, la aparición de oxígeno en la atmósfera y la fotosíntesis producida por la energía solar habrían posibilitado la gestación de los seres vivos más primitivos, cuyos restos en forma de microfósiles son los más antiguos que se han encontrado.

Cada una de las hipótesis propuestas ha conducido a caminos sin salida. Cada elemento primordial descrito como supuesto «iniciador» de la vida ha demostrado no tener capacidad para lograrlo por sí

mismo (quizá porque además de las condiciones ambientales necesarias, se precise el «contacto» entre dos o más elementos para producir «la chispa» que inicia la vida). Los investigadores han debido retornar siempre al mismo punto de partida, como si de un círculo vicioso se tratara. De este modo, las posibilidades de comprender con total claridad el origen del Universo y de gestar vida en el laboratorio parecen muy distantes.

Así pues, ni la hipótesis de un Dios creador («teocentrismo») ni la de una Naturaleza autoengendrada («naturocentrismo») resuelven la cuestión de la creación de vida. Y aún menos el viejo paradigma de carácter mecanicista que postulaba el Universo como un sistema cerrado provisto de leyes exactas y medibles. Pues una y otra vez la Naturaleza desborda los estudios más rigurosos: las constantes que regulan su funcionamiento tienen valores arbitrarios e inexplicables, numerosos de sus fenómenos no encuentran explicación pausable, las fórmulas que se utilizan para describir su funcionamiento deben ser ajustadas una y otra vez...

¿Cómo puede afrontar la Ciencia esas dificultades?, ¿qué perspectiva le permitiría entender mejor el Universo?

Un joven físico, Albert Einstein, propondrá a principios de siglo una novedosa concepción de ciertos fenómenos de la Naturaleza en varios artículos.

Uno de ellos ahonda en el «movimiento browniano», el movimiento aleatorio de las partículas en un fluido; y otro postula, mediante una famosa fórmula ($E = mc^2$), que la masa de un cuerpo se va transformando en energía a medida que se incrementa exponencialmente la velocidad de la luz.

El artículo de mayor calado, «Sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento», recoge su popularizada *teoría de la relatividad*, la innovadora concepción que demuestra cómo cualquier observación de los fenómenos físicos depende del punto de vista relativo del observador, salvo la velocidad de la luz que se mantendría siempre constante. Desde el punto de vista de la teoría relativista no existiría ningún centro fijo del Universo, lo que permite entender fenómenos físicos hasta entonces incomprensibles.

En un primer momento sus ideas no fueron demasiado bien aceptadas por la comunidad científica. Sin embargo, la comprobación por observación astronómica de la curvatura de la luz por efecto de un campo gravitatorio, una de las consecuencias de sus propuestas, le significó el Premio Nobel de Física y el reconocimiento de sus teorías.

Paradójicamente, aquel que propugnara un Universo sin punto fijo ni centro alguno, seguirá manteniendo la antigua perspectiva estática, para lo que propondrá una constante cosmológica correctora de las fuerzas de la gravedad (a la que deberá renunciar

con el descubrimiento de Hubble que confirma la expansión del Universo); y también seguirá sosteniendo que fue Dios el Creador del orden y las leyes del Universo, su garante último, lo que queda perfectamente reflejado en una de su frases más célebres: «Dios no juega a los dados».

Otros investigadores proseguirán el innovador camino que iniciara Albert Einstein. Sus variadas y heterogéneas propuestas quedarán agrupadas bajo el concepto de «mecánica cuántica» (aunque dicha concepción sea justamente la antítesis del modelo mecanicista, y tampoco los «cuantos de energía» parezcan constituir su elemento esencial). La Ciencia podrá presentar ahora una visión radicalmente diferente a la antigua sobre el Universo que habitamos.

Las propuestas de este nuevo modelo provienen de muchos autores: Louis De Broglie describe la dualidad onda-corpúsculo; Niels Bohr, que había propuesto el modelo atómico para comprender el ignorado universo del átomo, amplía las ideas del postulado relativista (manteniendo una fuerte controversia con Einstein, quien criticaba la mecánica cuántica, aunque aceptara su coherencia lógica); Erwin Schrödinger, propugnador de la «mecánica ondulatoria», describe la existencia de universos paralelos al nuestro en otras dimensiones (lo que ejemplificó con su famosa paradoja del gato encerrado en un cubículo con veneno, ni vivo ni muerto, o vivo y muerto a la

vez, para un espectador hasta que no abra la caja); Werner K. Heisenberg formuló el «principio de incertidumbre», según la cual los sistemas cuánticos son indeterminados y la posición y velocidad de una partícula sólo puede calcularse mediante probabilidades; Richard Feinman sostiene la idea de que una partícula se desplaza por todos los caminos posibles a la vez; Paul Dirac aventura la existencia de «antimateria» indetectable en el Universo (antineutrinos, anti-hidrógeno), y la poderosísima energía que podría llegar a desprender...

Stephen Hawking, considerado el último genio del siglo XX, agrupará todas estas ideas en varios libros de gran difusión (como *La historia del tiempo*), intentando formular una «teoría unificada» que agrupara el modelo relativista y el modelo cuántico, para lograr describir las leyes físicas en su totalidad. La grave enfermedad neurológica que le fue paralizándolo, obligándole a vivir con severas limitaciones, no fue ningún obstáculo a su pensamiento.

Concebirá así un modelo abierto, relativista y en constante movimiento, donde tendrá cabida una realidad abierta a numerosas posibilidades: «agujeros negros» donde la gravedad es tan intensa que impide que nada escape de ellos (fueron descritos por J. A. Wheeler); «máquinas del tiempo» que permitirían viajar algún día en el tiempo; «supercuerdas», universos con nuevas dimensiones del espacio; «agujeros de

gusano» que servirían para pasar instantáneamente de una galaxia a otra (hipótesis que actualmente está cuestionando); «materia oscura» diferente a la ordinaria en la periferia de las galaxias...

Junto con Roger Penrose también ampliará la teoría del *Big Bang*, esbozando la hipótesis de que el Universo se iniciara con aquella gran explosión y pueda terminar en una gran implosión (*Big Crunch*). Su interés por estudiar los instantes de la creación del Universo sería cuestionada por el papa Juan Pablo II, quien le reñiría cariñosamente por indagar en terrenos reservados a lo divino.

La posibilidad de que exista un Universo finito (con un inicio, el *Big Bang*, y un final, el *Big Crunch*) contradice de todos modos la perspectiva abierta que Stephen Hawking propugnaba. Quizá por eso también plantea, en otro momento de su pensamiento, la posibilidad de poder forjar una «teoría de la eternidad», o sea, de «algo» sin principio ni fin.

Queda mucho camino por recorrer, y seguramente estamos contemplando el nacimiento de un nuevo paradigma, abierto a innovadores desarrollos, muy distinto al mecanicista clásico. Quizá a partir de esa moderna perspectiva logremos entender mucho mejor el Universo y la creación de la vida que lo constituye.

Termino mi investigación sobre el «instante inicial» sin haber logrado ninguna conclusión definitiva

sobre ese «algo» que un día capté. Tampoco indagando en lo que podría existir más allá del instante final logré lo que pretendía: demostrar la existencia de ese «algo».

En todo caso, me doy cuenta de que el planteamiento adecuado no puede partir de la idea de un instante inicial o de un instante final, tal como ese novedoso paradigma viene a demostrar. Quizá por ello, si quiero captar de algún modo ese «algo», deba buscarlo en ese Universo eterno e ilimitado que dicho paradigma parece mostrar, un Universo profundamente desconocido aún, inimaginable casi para nuestra percepción.

Finalmente, pues, me planteo indagar el instante que no tiene ni fin ni comienzo: el «instante eterno».

Tercera parte

EL INSTANTE ETERNO

*Estimada, ¿te acuerdas de todos aquellos instantes?
De tu instante final, el de nuestra obligada despedida...*

De todos los instantes de las Navidades, de los de los veranos en Olot, de los que viviste con tu esposo, nuestro padre, o de los de cuando éramos niños, ¿no te acuerdas de ellos?

*¿Y de los instantes de tu vida de recién casada?
¿Y de aquellos en que nacimos los hijos? ¿Y de los de cuando eras niña y seguramente soñabas en cómo serías de mayor...?*

Los instantes de tu vida, estimada, ¿has podido olvidarlos?

En ese misterioso espacio en donde habitas ahora, ¿se olvida uno de lo que fue?, ¿se borra la memoria de tantos años?

Ya sé. Ya sé que dicen que ese «algo» eterno no existe. Y lo cierto es que he buscado por doquier, y que finalmente he debido renunciar a encontrar aquello que hubiera podido demostrarlo.

Pues así es ese «algo» indemostrable. Y quizá deba ser de este modo.

De otra manera, si supiéramos con certeza que ese «algo» existe, ¿cómo podríamos soportar la vida de humanos?, ¿cómo podríamos aceptar el dolor y la muerte de nuestros semejantes?, ¿cómo podríamos seguir porfiando por un mundo mejor?, ¿qué sentido tendría entonces nuestra existencia en la Tierra?

Debo aceptar, pues, la evidencia: sólo disponemos de las vivencias de esos instantes que se hacen eternos, y de poco más. No hay nada, ¿sabes?, nada que pueda calmar nuestra ansia de lo eterno.

Y quizá no existe. Y quizá no importa.

Pues lo que importa es vivir con lo que tenemos, sin aguardar nada en un «Más Allá» indemostrable. Y poner nuestro esfuerzo en lo que sí es cierto y palpable: nuestros amores, lo que nos mueve, aquello que nos da sentido. También, claro, poder aceptar nuestras pérdidas, los instantes fatales que nos golpean el alma.

Sin más. Sin otra cosa que esos instantes de felicidad y de dolor que, aun siendo breves, recorren nuestra vida y nos llevan más allá del día a día.

Los instantes más inolvidables, estimada.

Los instantes eternos...

XI

Ese «algo»

«Tengo frío junto a los manantiales», escribe el poeta. Y más adelante prosigue con esos otros versos: «Pongo los frutos negros en la boca y su dulzura es de otro mundo...».

Son poemas elegidos del *Libro del frío* de Antonio Gamoneda, elevado poeta de la soledad que gusta recoger las vivencias del sentir interno y describir los territorios extremos del sentimiento, allí donde se anuncia la próxima desaparición del ser.

Mientras lo leo, pienso si nuestro poeta sabrá de ese «algo». También pienso que seguramente la poesía debe poder captarlo mucho mejor que cualquiera de las teorías construidas por los hombres de Ciencia.

Más tarde, voy en busca de otro de sus libros, *Edad*, que recoge cincuenta años de su poesía. Y en uno de sus poemas más renombrados, «Descripción de la mentira», leo: «El óxido se depositó en mi lengua como el sabor de una desaparición...».

Y entonces pienso si también Antonio Gamoneda habrá conocido esos instantes fatales en que perdemos lo que más queremos, y si sus palabras expresa-

rán el dolor que ha sentido: el dolor de una conciencia sensible.

Y el poema sigue en otro párrafo diciendo: «Escuché hasta que la verdad dejó de existir en el espacio y en mi espíritu, y no pude resistir la perfección del silencio».

Y pienso entonces si lo más primigenio no será esa conciencia puramente sensorial, que tan sólo experimenta y vivencia. Hasta que me planteo si no existirá una conciencia más inicial todavía, una conciencia primordial cuyo lugar natal sea ese «algo» donde se capta «la perfección del silencio».

Pues en otro párrafo nos dice: «Era un país cerrado. La opacidad era la única existencia. Ciego en la inmovilidad, como basalto dentro de basalto, me poseyó el olvido. Ese fue mi descanso». Y más adelante sigue así: «Yo extendía membranas sobre los gritos de inutilidad y esto era justicia. Pero, ¿qué ha quedado de mi alma?». Y aún más adelante: «Yo estoy naciendo en otra especie y el exterior es lívido. Mis animales desconocen la delgadez de vuestros cuchillos y existen números en mi alma que todavía no comprendo...».

Pienso entonces si ese «país cerrado» del que habla el poeta, y donde busca su alma tras ser «poseído por el olvido», no tendrá también que ver con ese «algo». Y me pregunto si no será en ese «lugar» donde esa conciencia primordial puede «volver a

nacer» (aunque no creo que se trate de un espacio físico ni perteneciente a nuestro orden material).

Finalmente, tras suponer la existencia de esa conciencia primordial, me planteo si ese «algo» no estará formado por millones y millones, incontables conciencias primordiales, que pueden «nacer» una y otra vez, en lugares como la Tierra, por ejemplo.

Y me viene a la memoria aquel elemento primordial descrito por Gottfried W. Leibniz, el inventor del cálculo infinitesimal, al que llamó «mónada». Pues este gran filósofo consideraba el Universo como un sistema armonioso, único y múltiple a la vez, sin dimensiones de tiempo ni de espacio, que estaría formado por mónadas, sustancias simples, indivisibles, sin extensión ni figura, y con diferentes grados de conciencia y percepción (unas en estado de sueño, sin toma de conciencia; otras dotadas de memoria y sentimiento; otras de racionalidad...).

Según este pensador, las «mónadas» poseerían capacidad de autodesarrollo y estarían en constante modificación, pudiendo combinarse indefinidamente para formar diversas sustancias compuestas (consideraba que el ser humano estaría compuesto por el alma o mónada dominante, y por la masa corpórea como agregado de otras mónadas).

¿Será de este modo cómo podría concebirse ese «algo» que ni nuestros sentidos ni nuestra tecnología alcanzan a detectar? Un «universo» sin dimensiones

de espacio ni tiempo, o quizá con innumerables dimensiones, compuesto de conciencias elementales que «viven» eternamente, engendrando seres y mundos que nacen y fenecen sin cesar.

Sin embargo, ¿cómo se puede concebir «algo» eterno, sin principio ni fin?, ¿cómo se puede plantear «algo» que no posea dimensión alguna?

Sólo puedo imaginarlo suponiendo que ese «algo» geste una y otra vez universos que sí tienen comienzo y fin, como el nuestro. Y que incluso, si partimos de considerar la existencia de universos paralelos, ese «algo» pueda estar constituido por incontables conciencias que habitan infinidad de mundos en dimensiones diversas y quizá coexistentes.

Y más si nos podemos plantear la hipótesis de que las conciencias primordiales que los «crean» puedan existir como pura energía, sin limitación ni dimensión alguna, salvo cuando transformándose adquieren dimensionalidad, marcadas por el tiempo y el espacio, por ejemplo.

Y hasta cabría fantasear con la posibilidad de que cada conciencia primordial pueda «contemplar» las múltiples formas y dimensiones en que se han transformado. Y así se podría seguir indefinidamente, hasta que los límites mentales pudieran permitirlo...

Pero todo esto no deja de ser pura imaginación, una hipótesis ficcional absolutamente indemostrable.

Y la única vía que se me ocurre para seguir indagando es ir en busca de ese concepto de «lo eterno» o de «eternidad» en otros pensadores, ya que ha sido empleado por muchos de ellos y desde numerosos ámbitos, aunque siempre parezca escapárseles de sus elaboradas construcciones teóricas.

Así pues, me decido a buscarlo en aquellos autores que intentaron captarlo y me parecen más acertados...

XII

El Aleph y el Tao

«La candente mañana de febrero en que Beatriz Viterbo murió, después de una imperiosa agonía que no se rebajó un solo instante ni al sentimentalismo ni al miedo [...] comprendí que el incesante y vasto universo ya se apartaba de ella y que ese cambio era el primero de una serie infinita...».

Así comienza *El Aleph*, uno de los más enigmáticos relatos de Jorge Luis Borges, el compositor de misteriosos mundos, el genial escritor de ficciones literarias (una de ellas titulada justamente *Historia de la eternidad*). Un autor capaz de captar poéticamente conceptos tan inconcretos como «lo infinito», «la inmortalidad» o «la escritura de Dios».

La historia de *El Aleph* se inicia con la dolorosa nostalgia del propio Borges, su principal protagonista, por Beatriz, su amor secreto, tras la agónica muerte de ésta, mientras recuerda todos los retratos e imágenes que había visto en la casa familiar de ella y que «aludían infinitamente a Beatriz»: de perfil, en los carnavales, en su primera comunión, en el día de su boda, poco después del divorcio... Tal como expre-

sará más adelante: «Muerta, podía consagrarme a su memoria...».

El nudo del relato se alcanza cuando el primo hermano de Beatriz le comenta que pronto derribarán esa casa familiar en la que también vive él, y que ese trágico hecho no le permitirá continuar el poema en que se propone «versificar toda la redondez del planeta». Luego, como un secreto, le confiará que para acabarlo precisa imperiosamente de un Aleph que descubrió en su niñez en un ángulo del sótano del comedor.

Seguidamente, le explicará que un Aleph es «uno de los puntos del espacio que contiene todos los puntos», para luego añadir: «el lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos [...]». Más adelante, cuando Borges acuda a dicha casa familiar para poder contemplarlo, le dirá: «Baja; muy en breve podrás entablar un diálogo con todas las imágenes de Beatriz...».

Imaginando que su amigo pueda estar loco, Borges descenderá con cierto temor al oscuro sótano. Y ahí, al abrir los ojos, verá el Aleph. Y es entonces cuando dice: «¿Cómo transmitir a los otros el infinito Aleph, que mi memoria no alcanza? [...] la enumeración, siquiera parcial, de un conjunto infinito...». Seguidamente, nos hablará del desespero del escritor que pretende apresarlos con las palabras que todos compartimos.

Unas líneas más adelante intentará describir ese prodigio que el lenguaje apenas logra atrapar: «En ese instante gigantesco he visto millones de actos deleitables o atroces; ninguno me asombró como el hecho de que todos ocuparan el mismo punto, sin superposición y sin transparencia. Lo que vieron mis ojos fue simultáneo: lo que transcribiré, sucesivo, porque el lenguaje lo es [...] el espacio cósmico estaba ahí [...] cada cosa era infinitas cosas, porque yo claramente lo veía desde todos los puntos del universo...».

Al final del texto Borges nos aclara aún más la naturaleza del Aleph, al referirse a diversas perspectivas que lo han estudiado; para unos sería «la primera letra del alfabeto de la lengua sagrada»; para otros «la ilimitada y pura divinidad», para otros incluso «el símbolo de los números transfinitos, en los que el todo no es mayor que la suma de sus partes...».

Mientras termino de leer este enigmático relato, pienso que este lúcido escritor ha logrado captar y describir un «instante eterno», aún sea ficcionalmente. Y también que ha surgido tras la irreparable pérdida de una persona amada, tal como me ocurrió a mí mismo tras la muerte de mi madre. Y observo que también utiliza «ese instante gigantesco» para viajar a otros instantes de su vida y a otros mundos de su pasado.

¡Cómo cuesta apresar ese «algo» eterno! Sólo en muy especiales instantes o por medio de la ficción

literaria se consigue; y aun entonces, apenas se consigue vislumbrarlo. Y así parece huir constantemente de poder ser demostrado.

Otro de los escasos autores que logró captar ese «algo» proviene de la sabiduría oriental milenaria. Lao Tse, un personaje legendario y muy poco conocido, escribió el *Tao Te King* o *Libro de las Transformaciones* en el siglo VI antes de Cristo.

¿De qué trata el *Tao*?, ¿cómo lo describe Lao Tse? Según este autor, el *Tao* es lo eterno, sin forma y sin nombre, la energía fundamental que sostiene el Universo y su movimiento. Y nos lo define en varias formas: «lo que fue antes que Dios», «lo que descansa en sí mismo», «la madre de la Creación», «el antepasado de todas las cosas», «lo que era antes del cielo y la Tierra», «el oscuro Caos»...

El *Tao* del que habla Lao Tse está muy relacionado con «lo eterno». Así lo reitera una y otra vez: «El *Tao* que puede ser expresado no es el *Tao* eterno [...] el nombre que puede ser pronunciado no es el Nombre Eterno [...] el *Tao* por eterno carece de nombre [...] el *Tao* es eterno, no obra y nada deja de hacer [...] abarca todas las cosas». Y así sucesivamente.

Quizá el mayor acierto de este autor sea lograr transmitirnos la naturaleza de ese *Tao* eterno e innumerable, carente de espacio y de temporalidad. Pues el concepto de «eterno» sólo consigue adjetivarlo. Y quizá, finalmente, nos queda más claro por lo que

no es: no se puede expresar, no es interminable (pues crea constantemente en su perpetua evolución), no se le ve, no se le oye, no se sabe de dónde proviene...

Y de nuevo he creído distinguir ese «algo» aun sin captarlo plenamente, pues los poemas del *Tao Te King* parecen tan sólo insinuarlo, sin lograr capturar plenamente su esencia, quizá porque se trate más de una experiencia vivencial e intuitiva que de un ente objetivable por nuestros saberes.

Y en ese punto vuelvo de nuevo al texto de Jorge Luis Borges, pues es en este autor donde creo poder encontrar un camino para seguir avanzando. Decido entonces utilizar como vía de acceso la del instante, recordando ese «instante gigantesco» en que Borges creyó capturar el Aleph, ese «lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos».

Finalmente pues, y como último paso de mi investigación, voy en busca de un autor que dedicó toda su labor creativa al ingente esfuerzo de capturar el instante.

Y así prosigo en ese último tramo de mi investigación...

XIII

El *instante eterno*

En un pie de foto de la revista del diario *El País* del pasado mes de agosto, el escritor Juan José Millás se acerca al más estremecedor momento de un ser humano, narrando el caso de una mujer china a la que están a punto de ejecutar. Encima del artículo, una gran foto en blanco y negro muestra la imagen doliente de la rea con una soga al cuello, los ojos fuertemente cerrados y una expresión muy concentrada, como de tensa espera. A su lado, de perfil, con la mirada absorta en un punto lejano, aguarda el guardia rojo que debe ejecutarla. A su vez, otros dos guardias rojos la retienen, sujetándole fuertemente los brazos a la espalda.

El articulista intenta captar así los últimos momentos de esa desdichada, imaginando las sensaciones que pueda estar vivenciando, seguramente desde la noche anterior. Y nos explica cómo los segundos en que fue obtenida la instantánea fotográfica «no han dejado, inexplicablemente, de durar».

Ese instante horroroso, nos dice, se debe haber dilatado tanto, que si lo hubiéramos podido vivir en su

mente, «en cada segundo habrían cabido siete vidas». Ese instante, pues, se ha «dilatado» infinitamente en el tiempo, eternizándose así, según entiendo.

Y de nuevo, como me ocurrió al comienzo de esta investigación, vuelvo a encontrar un instante que va más allá del tiempo que conocemos, ese tiempo de lo humano que contamos en forma de segundos, minutos, horas e incluso años. Y seguramente cada uno de nosotros podría describir instantes de vida que se han tornado eternos, como si no pudieran tener fin.

Pero si algún autor se ha destacado por explorar el «instante», ése es Marcel Proust en su magna obra titulada *En busca del tiempo perdido*. A la edificación de tamaña obra, empezada al poco de la muerte de sus padres, dedicó un abrumador esfuerzo. De tal forma se volcó en el escrito, sumergiéndose en el mundo interior de sus propios recuerdos, que acabó abandonando la vida social que hasta entonces practicaba con asiduidad, retiro del que sólo saldría esporádicamente para certificar detalles e impresiones de lo que escribía, o para visitar sorpresivamente a alguno de los personajes que estaba recreando.

Nacido en la segunda mitad del siglo XIX en el radiante París de la *Belle Epoque*, el de los salones donde se reunía la flor y nata de la burguesía de la época, un París que se conocía por el esplendor de sus salas de baile y la gozosa vida bohemia y artística

de Montmartre, Marcel Proust destacará en el panorama literario mundial por su peculiar reconstrucción de ese tiempo pretérito y, muy especialmente, por su intento de plasmar en palabras los instantes de lo que fue el «tiempo perdido» de su infancia.

Rechazada inicialmente por varias editoriales, la voluminosa obra repartida en varios volúmenes se irá editando tal como la concibió, aunque las primeras críticas no la valorarán en demasía. Cabe decir que la edición de los dos primeros volúmenes será costeadada por el propio autor y que la de los subsiguientes no será nada fácil, pues los retoques y añadidos de Proust serán constantes. Seis años después de la aparición de los dos primeros volúmenes ganará el premio Goncourt, el más prestigioso de las letras francesas. Y reza la leyenda que siguió elaborando la obra hasta sus momentos finales.

En todo caso, esta obra es irrepetible. La capacidad de asir la eternidad del instante, fijar en una cronología histórica el mundo de las sensaciones primerizas, transformar en texto inmortal un tiempo ya caducado y recuperar lo que sucumbió a los efectos de la desmemoria, no tienen parangón.

Uno de los momentos más inspirados de esta obra, y quizá de la literatura mundial, es su descripción del prodigioso instante en que, tras ingerir una magdalena acompañada de té que le sirve su madre, experimenta «un placer delicioso» y refiere que «dejé

de sentirme mediocre, contingente y mortal...». A continuación, al hilo de esas sensaciones, le viene el recuerdo de la magdalena que le ofrecía su tía en Combray, el pueblo donde vivió largos períodos de su infancia.

Y de esa sensación embriagadora que se afana en reconocer, «un sabor delicioso que le invade de alegría incontenible», fluirá un caudaloso río de personajes y de escenas inolvidables que describirá hasta en sus más nimios detalles; todo un mundo pasado que el autor buscará rescatar del olvido. Por ello, deseará «detener por siempre esos instantes».

La obra está salpicada de muchos otros de esos instantes únicos: el referido de la ingestión de una magdalena; el de la muerte de su abuela (que dicen encarna la de la propia madre del autor); el de los olores a «brisa húmeda» o de «cuarto cerrado»; el del despertar a medianoche, cuando «no sabía dónde me encontraba [...] ni quién era»; el de la primera llamada del amor, «con esa mirada que es algo más que el verbo de los ojos»...

¿Qué intenta describir Marcel Proust? Parecería lógico, como se ha teorizado habitualmente, que su afán hubiera sido recuperar el pasado infantil, recobrar aquella vida pretérita. Sin embargo, una y otra vez el autor retorna a esos instantes donde «el hombre es liberado del tiempo», la palabra «muerte no tiene sentido para él» y, «al introducir el pasado en el pre-

sente», «suprime esa gran dimensión del Tiempo en que se realiza una vida».

¿No será que trata, quizá vanamente, de captar ese «algo» eterno, ese tiempo sin tiempo donde el ser humano puede experimentar lo más inasible?, ¿no será el propio escritor quien intenta, al apresar con palabras los instantes del pasado, liberarse de la muerte y de los límites temporales de nuestra vida humana?

Su descripción de esos instantes vividos refleja a la perfección esa dilatación del tiempo común que les caracteriza, y me parece que lo consigue por medio de su particular estilo plagado de interminables frases que no cesan de prolongarse, al modo del ramaje de una planta de la que surgen constantes brotes: unos destinados a describir detalladamente las impresiones de un portentoso observador, otros a retratar los rasgos físicos y psicológicos de algún personaje, y otros, finalmente, a realizar disquisiciones de carácter filosófico sobre alguna cuestión venida al caso.

¿Será el «instante» la ventana que nos posibilitaría captar «lo eterno»? ¿no se dice a veces que un instante puede durar toda una vida?, ¿no será de ese modo casi único que podemos captar «algo» que parece ir más allá de las dimensiones humanas?

A menudo imaginamos que, si ese «algo» existe, lo encontraremos tras la muerte física en un Más Allá, fuera ya de la vida humana. Pero, ¿no será que ya en

nuestra propia existencia podemos captar y vivenciar «lo eterno»? ¿no será que ya aquí formamos parte, por decirlo de alguna manera, de ese ignoto «algo», aún sin darnos cuenta? A veces lo vivenciamos en un instante de pura inmediatez, a veces en aquel que parece prolongarse sin límites de tiempo, y en otras ocasiones en aquellos que por horriblos o gozosos resultan irrepetibles.

En un atardecer de cielo azul y escasas nubes del mes de septiembre del pasado año capté un «instante eterno» en la habitación de hospital que acogía la enfermedad de mi madre. Desde entonces he buscado por doquier ese «algo» que entonces creí vislumbrar, intentando en vano certificar su existencia.

Pero confieso mi impotencia: resulta indemostrable. Y sólo me queda ese recorrido realizado por numerosos textos y autores, mediante el cual he podido abordar las creencias y teorías más diversas. Al lector le queda la última palabra. Personalmente ya no sé dónde más buscar, pues temo que si prosiguiera sólo podría ya reiterarme.

Hoy, día en que finalizo ese texto, he vuelto a captar otro de esos «instantes eternos». De nuevo, en una comida familiar de Navidad, he revivido instantes de hace muchos años, mientras volvía a comer los mismos platos del menú navideño: la típica sopa de pasta, el budín de pescado, el pavo relleno... Y he vuelto a notar cómo en esos instantes navideños de mi presente

el tiempo se dilataba otra vez de modo increíble, hasta que al retornar a casa tras la despedida he vuelto a mi vida común de cada día. Entonces ese «algo» que captaba ha desaparecido de mi vivencia y he vuelto a perder el embrujo que me procuraba.

Llego, pues, al instante final en que debo concluir este texto, y ahora percibo que se funde con el instante inicial en que empecé. Finalmente, parece haberse constituido un instante único, en el que no adivino ni comienzo ni terminación.

Un instante que persiste, por siempre, eternamente...

Barcelona, a 25 de diciembre de 2005

NOTA FINAL

Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.

Súmese como voluntario o donante, para promover el crecimiento y la difusión de la Biblioteca



Para otras publicaciones visite
www.lecturasinegoismo.com
Referencia: 4146

Alfredo Capellá (Barcelona, 1952) es médico y psiquiatra. Trabaja en Atención Primaria en Salud Mental. Es miembro activo de la Asociación Catalana de Profesionales en Salud Mental-AEN.

Ha escrito diversos libros: *Imágenes de la angustia: el aporte de varios modelos* (1992), *La histeria y lo obsesivo: análisis de la clínica psicoanalítica* (1996), *Sexualidades humanas, amor y locura* (1997), *El psicoanálisis dialéctico: aportes para un psicoanálisis actual en el campo de la salud mental* (1998) y *Tan humanos: sobre un ser de luz y sombra* (2001).

A partir del *instante eterno* de la muerte de su madre, el autor realiza una prolongada investigación sobre ese «algo» desconocido, una Eternidad de índole llamémosle espiritual, que ha interrogado al pensamiento desde los mismos orígenes de lo humano.

La primera parte trata sobre la existencia de Dios, la figura histórica de Jesucristo y del llamado Más Allá, para abordar luego los fenómenos descritos por numerosas personas que estuvieron en el umbral de la muerte y lograron sobrevivir.

La segunda parte aborda el estudio de la mente y los primeros recuerdos, el surgimiento de la primera mirada humana (la autoconciencia) emergida en algún momento del proceso de la evolución, así como la temática tan actual sobre el origen de la vida y de nuestro Universo.

El ensayo concluye con el intento del autor de lograr describir ese «algo» intemporal del que formamos parte y que nuestros sentidos sólo logran captar en esos instantes únicos, los *instantes eternos*.

ISBN 84-254-2492-5



9 788425 424922

Herder

www.herdereditorial.com